

Yo no soy de las que
se enamoran



CJB
BOOKS

C. J. BENITO

C. J. BENITO

Yo no soy de las que se enamoran

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[MUESTRAS DE OTRAS NOVELAS DISPONIBLES](#)

[Contacto](#)

Capítulo 1

Yo no soy de las que se enamoran, eso me digo cada mañana, cada tarde, cada noche, cuando veo a mis amigas con sus novios, las parejas en la calle... Que le den por culo a Cupido y a su mala puntería, si es que cada vez que salgo con uno, el típico guapo, cachas, machote, al final resulta ser tonto e infiel. Los tíos como los pañuelos de papel, usar y tirar, no valen para nada más.

Estoy en la cafetería limpiando el suelo y me quedo mirándolo, está plagado de azulejos blancos y negros, parece un enorme tablero de ajedrez en el que yo siempre pierdo la partida. La sala está llena de pequeñas mesitas con tablero blanco en las que a duras penas, pueden sentarse cuatro personas, las sillas, vulgares, con tapizado de color verde y un respaldo de madera. La zona de la barra tiene algunos luminosos viejos y desgastados que rara vez funcionan bien. El resto de la sala está cubierta por cuadros enormes con escenas cotidianas de la vida en New York. ¡Qué aburrimiento!, pero bueno, gano lo necesario para pagar el alquiler, comer y darme algún caprichito, algo es algo. Por unos segundos me quedo mirando una pareja que pasa cerca de la cafetería, parecen muy acaramelados, él es alto, rubio y de rasgos suaves, ella morena, bastante guapa y se nota por sus gestos que se lo tiene bastante creído. Las amplias ventanas me dejan admirar las vistas al parque y en más de una ocasión, cuando llueve, hasta me relajan. Bueno, hasta que tengo que salir y me pongo chorreando porque voy en moto, ahí ya no me relaja tanto.

—¡Tania, apúrate que abrimos en diez minutos! —me grita Luis mi jefe.

Ya son las ocho, yo miro la calle, tanta prisa y no hay ni un gato en la puerta. Termino de fregar, agarro el cubo y la fregona y camino hacia la cocina, ahora es bonita y muy completa, pero hasta hace unos meses no era más que un almacén ruinoso que me llevaba horas limpiar. Desde allí paso a un cuartillo donde guardo las cosas de la limpieza, luego entro en el baño privado de los trabajadores, bueno trabajadores, solo estamos mi jefe y yo. Miro la cocina y resoplo, la nueva invención de mi jefe, transformar un

almacenillo en cocina y contratar un cocinero, más pasta para él y más trabajo para mí. Ahora tendré que aprenderme una carta de menús y hacer piruetas llevando platos en la bandeja que más le vale comprarme una nueva porque la que tengo está hecha un desastre, con la pintura plateada totalmente descascarillada.

Me ajusto mi uniforme, una blusa y un pantalón negro con una estrella blanca en el pecho, no sé a qué idiota se le ocurrió este diseño. Salgo fuera y comienzo a atender las mesas, como salidos de la nada, diez clientes han aparecido allí sentados, mirando sus móviles mientras esperan su café. Es como las películas de terror, esas en las que no hay nadie y de repente estás rodeada de zombies.

Voy tomando nota, lo de siempre, café y media tostada con aceite, ajo y tomate, cualquiera los aguanta luego con ese aliento. La mayoría trabajan en una empresa cercana que vende productos de papelería o eso creo, otros son autónomos que tienen sus pequeños negocios y vienen por la mañana para ponerse las pilas con el café de Luis, que al menos reconozco que es bueno, ahora, su aceite de oliva... de virgen tiene lo que yo de Obispo de Cuenca.

Me manejo por el pasillo central de mesas como si fuera un huracán, solo que yo no destruyo, voy colocando platos y tazas a velocidad de vértigo, pregunto cómo quieren el café y sirvo, pregunto y sirvo, aquí no hay nada que inventar, es pura rutina.

¡Plaaaffff! Me acabo de estampar contra una pared, un momento, espera, aquí no había ninguna pared. Abro los ojos y me quedo sin palabras al ver a un chico de aspecto latino, muy moreno, con el pelo negro y los ojos marrones super claritos. Creo que no está muy contento con el diseño a base de café y tomate que le he creado en su camisa blanca.

—Lo siento, no te vi. —digo con timidez y tratando de poner vocecita de chica buena.

—Normal, con ese flequillo yo no sería capaz de ver nada.

Será borde el tío, valiente capullo, idiota, tonto de capirote. El tipo se aleja y... ¿Qué hace hablando con Luis? Recojo el estropicio y voy rápido a la cocina en busca de mi cubo y la fregona, lo limpio todo y como quien no

quiere la cosa, me pongo a limpiar unas manchas imaginarias en el suelo junto a la barra, yo me tengo que enterar de lo que hablan estos.

—¡Vayaaa! Estoy deseando probar esos platos y con ese toque que solo los cubanos le dais a la cocina, ya estoy relamiéndome. —dice Luis.

—Pues si le parece, voy a hacer inventario y una lista para que pueda encargar los productos, aunque si quiere, yo tengo mis contactos y puedo encargarme de todo.

—Eso sería fantástico porque yo no conozco a nadie, no sabría a quién comprar el pescado, a quién la carne...

—Pues déjelo en mis manos.

Capítulo 2

—¡Taniaaaa!

Doy un respingo, el tonto este no se había percatado de que estaba al lado y me acaba de pegar un grito que casi me pone los dos tímpanos en la misma oreja.

—¡Aaah, estás aquí! Mira, él es Darío, será nuestro cocinero. Cualquiera cosa que necesites se lo pides a Tania, que estará encantada de atenderte.

—Una patada en el culo estaría encantada de darle. —susurro.

¡Me meoooo! Estoy apoyada en la barra, llevo diez minutos aguantándome por no entrar en la cocina, mi puñetero jefe tenía que poner nuestro servicio al otro lado del local y encima si uso el de los clientes, se mosquea un montón, ni que fuera a pegarles algo. Me acerco a la puerta de la cocina, no lo veo, corro hacia el otro extremo, esquivo un banquillo, salto una caja de cervezas y entro en el pasillo del servicio. ¡mierdaaaa! Darío acaba de salir de él, me mira con cara de pocos amigos y yo levanto la nariz altiva, ¿qué se ha creído éste?

Abro la puerta y entro, miro la tapa del wc por si este guarro se ha meado, pero no, está impoluto, me siento, bajo las braguitas y espero. ¡Joder qué olor más bueno a colonia ha dejado éste!

Cuando salgo, levanto la cabeza con orgullo y como dicen: “El orgullo no trae nada bueno”, tanto levanto la cabeza, que no veo la caja de cervezas, tropiezo y acabo tirada en el suelo todo espatarrada, la madre que me parió.

—¿Estás bien?

—Sí, me había parecido ver una mancha y quería limpiarla.

—¿Con la frente?

Me levanto del suelo, lo fulmino con la mirada y salgo de la cocina, estoy que echo chispas, más le vale a esos de afuera no tocarme los ovarios.

A lo largo de la mañana, mientras sirvo más cafés y ya alguna que otra cervecita, veo cómo varios tipos entran, le dicen algo a Luis y se marchan, creo que traen mercancía, verás cómo me toca a mí abrir la puñetera puerta de atrás.

—¡Taniaaaaa abre la puerta de atrás!

Pues eso, la esclava termina de servir una cerveza y corre a la cocina, esta vez mirando bien el suelo para no hostiarme. ¡Otra vez la puerta atrancada! Por más que le digo a Luis que eche aceite a la cerradura y las bisagras, éste pasa de todo. Tiro de la puerta, le doy patadas, esto es desesperante, me agarro al manillar y doy un salto, con lo que quedo en el aire con los pies apoyados en ella. La puerta se abre hacia el otro lado, algo que me deja sin palabras y allí colgada de la puerta como una garrapata aparezco en el callejón, ante los ojos sorprendidos de dos repartidores y el tonto del cocinero. Salto al suelo y como si no pasara nada, me voy hacia dentro, menudo ridículo he hecho... ¿Y desde cuándo se abre la puerta hacia afuera?

Entro en la sala y Luis me hace señas para que me acerque, ¿qué querrá ahora éste?

—Tania, ayer llamé a un tipo para que arreglara la puerta y ya puestos cambiara el sentido para que se abra hacia el callejón, así ya evitamos que se atranque.

Lo miro, si mis ojos fueran dos puñales, ahora mismo lo mataba, ¡a buenas horas me lo dice!

A las dos y media de la tarde, las tripas me chirrían y se me ha olvidado hacerme un bocadillo, aprovecho que el tonto ha salido y entro en la cocina, algo habrá para comer. Reviso las alacenas, todo son latas de verduras y cosas por el estilo, miro en el frigorífico y agarro un bote de mayonesa, luego saco un paquete de palillos de una despensa y busco una cuchara y un cuenco para echar un poco y mojar.

—¿Qué comes? —pregunta Darío.

—A ti qué te importa. —respondo cortante.

—¿No has comido nada?

—Mira tío, paso de ti.

—¿Siempre eres tan maleducada?

—Contigo lo seré siempre y peor aún como no me dejes comer.

Darío me quita los palillos y el bote de mayonesa, lo guarda y regresa para agarrar el cuenco en el que estoy metiendo los dedos para luego chupármelos. Resoplo visiblemente alterada, no me gusta que un extraño se tome esas confianzas.

—Siéntate en esa silla junto a aquella mesita, no tardaré en preparar algo.

Camino de mala gana hacia la silla y me siento. Me quedo mirando la mesa blanca de madera, luego doy un repaso a los fogones, el horno y demás electrodomésticos, no parece la misma estancia. Darío saca una sartén y enciende el fogón, durante unos minutos lo veo echar aceite, cuando éste está caliente, añade huevos, especias y otras cosas que yo no sabía ni que existían. Antes de lo que pudiera imaginar, tengo ante mí un plato con una especie de tortilla con colorines. Me acerca un plato con pan recién cortado, un vaso con refresco, un tenedor y un cuchillo.

—¿Tú no comes? —pregunto sorprendida.

—Ya he comido.

—¿Has hecho esta tortilla o lo que sea solo para mí?

—Sí, pero no te lo creas tanto, es solo para que no te desmayes y te caigas al suelo o peor, que te encabrones y mates a los clientes.

Lo miro con los ojos entrecerrados, corto un trozo de tortilla y me la llevo a la boca. ¡Está que te cagas de bueno! Así me cuesta mantener la cara de pocos amigos y más cuando creo que voy a sufrir un orgasmo provocado por mis papilas gustativas.

Capítulo 3

Darío se queda mirando un calendario, veo que tuerce la boca disgustado, no tengo ni idea de qué le pasará, por lo que decido centrarme en comer.

En cuanto termino, voy corriendo al servicio, me lavo los dientes y regreso a la sala, los clientes no suelen tener mucha paciencia y Luis no es ningún santo.

Otra vez a servir más café, refrescos, cervezas... Darío sale de la cocina, saluda a Luis con la mano y se marcha, supongo que ya no volverá hasta mañana porque el almacén de la cocina sigue medio vacío y no creo que esta noche pueda servir cenas.

Por fin llega la hora de cerrar, son cerca de las doce de la noche, es invierno y hace un frío terrible aquí en Madrid. Me subo a la moto, saco la llave del bolso y la introduzco en el contacto. Una, dos, tres y cuatro, la muy zorrón tiene truco para arrancar, pero una vez en marcha, apenas si se para. Me gustaría sacarme el carnet de conducir y comprarme un cochecito de esos redondos que parecen una pelota, pero con lo que gano no me da lo suficiente, salvo para arreglar esta viejita Vespa.

Acelero y salgo del callejón, que a estas horas da “mieduqui”, he visto muchas películas de terror y psicópatas. La calle está poco transitada para ser viernes, aunque la verdad es que esta zona no es la típica para salir de fiesta, solo hay pequeños negocios, empresas y algunos bloques de pisos. Cruzo una calle, pongo el intermitente derecho y cambio de carril, por suerte no vivo lejos, a unos cinco minutos en moto.

Detengo la moto frente a la cochera de mi bloque y saco el mando del bolso, pulso el botón y la puerta se abre, pero solo la mitad, me vale, paso y vuelvo a pulsar el botón para cerrarla. Me encanta bajar la rampa a toda leche, es super divertido. Aparco la moto en mi plaza, la verdad es que parece una marquesa con toda la plaza para ella con lo chiquitina que es y con ese tono rosita chicle tan discreto que tiene.

Guardo en el bolso las llaves de la moto y rebusco hasta encontrar las

llaves de mi casa, estoy deseando subir, darme una ducha y acostarme.

Sábado por la mañana, la cafetería está a rebosar, Darío ha recibido todos los suministros que necesitaba y anda ocupado creando lo que será la carta. Yo, a veces pienso en ir a casa para almorzar y descansar durante mis horas libres, pero siempre acabo haciéndome un bocadillo y quedándome aquí, pocas siestas me he pegado en el almacén. Sirvo a un tipo que tiene cara de pocos amigos.

—Aquí tiene el café y su tostada.

—¿Esta mierda? ¿en serio crees que me voy a comer este trozo de pan con esta plasta de tomate?

—Le aseguro que está recién hecho la crema de tomate y ajo.

El tipo me mira, agarra el plato y me lo tira al pecho, me quedo sin palabras, me siento humillada, todo mi uniforme está sucio y lo peor es que este asqueroso me mira satisfecho.

—Cómetelo tú entonces, zorra.

Corro hacia la cocina, paso junto a Darío y me encierro en el baño, no puedo dejar de llorar. Normalmente los clientes son más o menos educados, pero estoy casada de aguantar imbéciles y Luis no suele hacer nada, está antes ganar dinero que cuidar a sus trabajadores. Escucho que alguien toca la puerta, intento reponerme, cojo un poco de papel higiénico y me sueno los mocos, siguen tocando.

—Tania, abre la puerta.

—Está ocupado. —respondo, solo me faltaba que el cocinillas este me molestara.

—Ya sé que está ocupado, abre la puerta o soy capaz de arrancarla.

Abro la puerta y paso junto a él, pero me agarra suavemente por el brazo y me mira, hay algo distinto en él.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. —respondo, no quiero hablar del tema.

—He escuchado jaleo fuera y tienes todo el uniforme sucio.

—No pasa nada, solo es un idiota que me ha tirado el plato encima.

—¿Y Luis no ha hecho nada al respecto?

Me limito a mirarme los pies, ya estoy acostumbrada a estos tratos, forma parte del trabajo por desgracia. Él me levanta la barbilla y me mira, ahora veo furia en sus ojos. Me coge de la mano y tira de mí hacia la sala, una vez allí, me mira.

—¿Quién ha sido?

Yo señalo con preocupación al tipo sentado junto a la salida, no sé de qué va esto, espero que no se líe un follón y ese tío vuelva a insultarme.

Darío me mira fijamente y por primera vez lo veo como a un hombre, alto, corpulento, con el pelo negro muy corto y unos ojos marrones claros que ahora rebosan emociones. Se aleja de mí, camina hacia la mesa y antes de que el tipo pueda reaccionar, agarra su taza de café y se lo tira a la cara.

—¡Qué haces imbécil!

—Tirarte el café a la cara. —responde Darío sin inmutarse—.

—Te vas a enterar.

Capítulo 4

El tipo se levanta y le lanza un directo a Darío que lo esquiva, le agarra el brazo y se lo retuerce hasta hacerlo gritar, luego tira de él hacia mí.

—De rodillas o te rompo el brazo. Ahora pídele perdón.

El tipo me mira asustado y con expresión de dolor, parece que no está muy acostumbrado a recibir.

—Perdóname. —dice entre susurros.

Darío le retuerce el brazo y el tipo grita de dolor.

—No te he escuchado.

—¡Perdóname! —grita.

Darío tira de él hacia la salida y una vez allí, veo que le dice algo y el tipo se marcha.

No sé qué decir o hacer, es la primera vez que alguien da la cara por mí y no esperaba que fuera él precisamente.

—Darío, yo...

—Cámbiate de ropa, yo me encargo de atender las mesas en tu ausencia.

Asiento con la cabeza y algo sorprendida por su reacción, camino hacia la cocina, suerte que tengo una muda en mi pequeña taquilla.

A la hora de almorzar, rebusco en mi mochila hasta dar con mi bocadillo de mortadela con aceitunas, me relamo, estoy muertecita de hambre. Retiro la cubierta de papel de aluminio y justo cuando le voy a dar un bocado, mi bocadillo desaparece como por arte de magia. Me quedo con los ojos abiertos como platos, sin comprender qué ha pasado, al menos en ese instante.

—¡Oyeee tú, devuélveme mi bocadillo!

—Siéntate a la mesa, nada de bocadillos, acabarás provocándote una úlcera de estómago. —replica Darío.

Me siento a la mesa y tamborileo con los dedos de la mano sobre ella, me

hace sentir incómoda, parecía que le caía fatal y ahora me defiende, me hace la comida, esto me escama. La verdad es que estamparle la comida en su camisa blanca, no es algo como para sacarle la sonrisa a alguien, a las pruebas me remito, lo que me ha hecho hoy el idiota ese.

—¿Sabe Luis que gastas sus recursos alimenticios para consumo personal?

—¿No te lo ha explicado?

—¿Explicar qué? —pregunto mirándole con cara de pez.

—Él solo ha pagado la reforma de la cocina, el servicio de cocina es en realidad una contrata. Me cobra un porcentaje de los beneficios que obtenga.

—Menudo tacaño, eso lo explica todo, pero yo creí que él se encargaba de comprar los materiales y tú solo de cocinar.

—Y así iba a ser, pero lo veo tan nulo que prefiero hacerlo yo. —replica Darío mientras acerca dos platos de estofado a la mesa.

—Huele de maravilla, ¿Dónde aprendiste a cocinar?

—En un restaurante de La Habana.

—Ya decía yo que tu acento era de fuera.

—¿Solo el acento?

—Bueno, tus rasgos también, pero yo es que no suelo fijarme en tíos feos como tú.

—Entiendo, creo que mejor este tipo feo te devuelve el bocadillo y te retira el plato de estofado.

—¡Quietooooo! ¡Valeeee! No eres tan feo.

Darío sonrío y suelta mi plato, yo meto la cuchara y como con ansia, no vaya a ser que me lo quite.

—¿Hace mucho que te marchaste de allí?

Darío se queda mirando su plato, al principio no responde, luego me mira con timidez.

—Tres años, pero lo cierto es que tampoco lo echo mucho de menos, era huérfano, así que no dejé gran cosa allí.

—Aquí te irá bien, entre semana tendrás mucho trabajo, los fines de semana son extremadamente flojos, por eso cerramos el sábado a las siete de la tarde y no abrimos los domingos. Es lo único bueno que tiene este curro, en hostelería ese horario es muy raro. Pero estamos en una zona de pequeñas empresas y eso condiciona nuestro trabajo, ahora que yo encantada de no trabajar esos días. —digo sonriendo de oreja a oreja—. A tu novia le va a encantar que tengas ese horario.

—No tengo novia.

Lo miro sorprendida, Darío es un tipo llamativo, ¡Vamos, de los que te quedas marcando en la calle! Que te dan ganas de hacer como los perritos, mearte en sus pies para señalarlo como tuyo.

—Tú seguro que tienes novio.

—¿Yoooo? ¡Qué vaaa! Paso de novios, el amor es para otros, yo no creo en relaciones. —declaro con rotundidad y me llevo otra cucharada a la boca. ¡Joder qué bueno está esto!—. Por cierto, entonces, si esto lo pagas tú. ¿Cuánto te debo?

—Nada, a partir de ahora déjate los bocadillos para casa, almorzarás y cenarás conmigo, si es que mi compañía no te incomoda.

—Creo que haré el esfuerzo. —respondo fingiendo altivez.

Darío sonríe, otra vez lo veo mirar de lejos el almanaque. ¿Qué estará pensando?

—¿A dónde sales de fiesta? —pregunto curiosa.

—Al Flamingo, una sala que ha montado un amigo cubano.

—No me suena nada, yo soy más de discoteca, ya sabes, mover el culo y agitar los brazos.

—Deberías probar la salsa, es muy divertido.

—No sé bailar, una amiga mía lo intentó y abandonó, mis pies solo sirven para dar pisotones. ¿Saldrás hoy?

—Es posible, tal vez después de cenar, tengo que revisar unos documentos de la cocina, asuntos legales.

—Menudo rollo, por eso yo no monto ningún negocio, prefiero poner la mano a final de mes y que otro se coma el marrón de los papeleos.

Darío suelta una carcajada y yo me sorprendo a mí misma sonriendo embobada, creo que voy por mal camino.

Capítulo 5

Por fin llega la hora de cerrar, me cambio de ropa y la guardo en una bolsa de plástico, la lavaré este finde. Darío se ha vuelto a ir antes de cerrar, después del buen rollito, me ha chocado que no se despidiera. Agarro mi bolso y mi mochila y salgo volando de la cafetería, me ajusto la mochila a la espalda y el bolso al cuello, parezco un perro de trineo con tanta carga, pero no tengo otra. Arranco el motor y salgo disparada, esta noche me voy de marcha con Martita.

—¡Tía te he dicho que no voy a esa disco! —respondo gruñona.

—¡Taniaaaaaa que me gusta mucho! —suplica Martita.

—Que odio la salsa, me aburre mucho, los tíos no paran de pedirte bailar para arrimarte la cebolleta.

—Un ratito y nos vamos, que me han dicho que está muy bien y a Toto le encanta.

—¡Joder con Toto! ¡Está bien! Pero como empecéis a daros el lote, me largo.

—Entendido, nada de darnos el lote en tu presencia, envidiosa.

Le saco la lengua y me dejo arrastrar hacia dentro del local, el caso es que el nombre me resulta familiar, Flamingo, pero no sé de qué.

Nada más entrar, Toto se va para la barra y nos pide unos cubatas, es lo único bueno que saco, no pago un duro porque el pavo tiene pasta y es muy caballeroso. Desde luego su nombre nada tiene que ver con él, es un tiarrón de ojos negros con aspecto de malote. Martita no se queda atrás, es una pelirroja de ojos azules y rostro blanquecino que parece una muñequita de porcelana. No como yo, bajita, de pelo negro y bueno... al menos tengo unos bonitos ojos verdes, no me considero guapa, la verdad, pero tampoco soy de las que se tienen que poner un cartón en la cara para darle de comer al perro y no provocarle un infarto.

Toto regresa, nos entrega nuestras bebidas y tira de la mano de Martita, ya

quiere bailar. Yo suspiro, menuda noche aburrida me espera, me veo sacando el móvil y mirando el Facebook.

—Hola Tania.

Levanto la mirada y me sorprendo al ver a Darío, ahora sé por qué me sonaba el nombre del local, es el que nombró mientras almorzábamos.

—Hola Darío.

—¿Puedo sentarme?

—Es un país libre.

Darío sonríe y se sienta a mi lado, deja su cerveza en la mesita de madera y me mira. Algo va mal porque siento un nudo en el estómago y creo que no son gases, aunque esta puñetera falda me aprieta un montón la barriga.

—Me sorprende verte aquí.

—Y a mí, pero mi amiga quería venir y era estrangularla o acompañarla.
—respondo poniendo los ojos en blanco.

Darío suelta una carcajada y yo me doy cuenta de que me gusta su risa y no es lo único que me atrae, lleva puestos unos vaqueros azules desgastados y muy apretaditos, una camiseta negra que tampoco es que le quede muy holgada, se le marca todo al muy...

—Te marchaste sin decir ni adiós. —digo casi en un susurro.

—Lo siento, estoy tan acostumbrado a estar solo que a veces olvido la educación, no volverá a ocurrir.

—¡Vale! ¿no te aburres aquí solo o es que vienes para cazar polvos?

—No soy de esos y no estoy solo, vengo por estar con el dueño, lo llaman Papito, es un tipo enorme, el típico chico cubano que quita el hipo a las españolas.

—Pues conmigo se iba a comer un mojón, a mí no se me caen las bragas con cualquiera.

Darío sonríe, da un trago a su cerveza y la vuelve a dejar sobre la mesa. Es extraño, pero me siento cómoda con él, aunque espero que no se vaya a hacer ilusiones porque yo paso de tíos.

—¿Bailamos?

—No, yo no bailo.

Darío se levanta, me coge de la mano y me obliga a seguirle hasta la pista de baile, donde la bruja de Martita no tarda en verme y empieza a ponerme caritas raras.

—¡Te vas a cagar! Voy a dejarte los pies como si te los hubiera pisado una apisonadora.

—Asumo el riesgo.

Darío me dirige como si fuera una marioneta, no sé cómo, pero estoy bailando y hasta parece que lo hago bien, demasiado bien, así que me aprovecho y le doy un buen pisotón, a ver si así me deja sentarme. Es inútil, le da lo mismo, sigue tirando de mí, a éste le da igual todo, pero... ¡Oye! ¡Esto molaaaa!

—¡Maldito bastardo! —grita un tipo enorme.

Yo me quedo mirándolo, mira mal a Darío, éste es capaz de pegarle, parece que sus ojos echan chispas.

—¿Tienes algún problema imbécil? —replica Darío mirándolo con desprecio.

¡Esoooooo tú échale leña al fuego! Ahora estos dos se van a dar de hostias y yo en medio y no tengo ni el bolso para atizarle.

Darío suelta mi mano y se enfrenta al tipo, los dos se miran como si fueran a destrozarse y entonces, cuando creo que se van a matar, el tipo abraza a Darío y los dos se ríen a carcajadas. ¡Hijos de pu...!

—Tania, te presento a Papito.

Capítulo 6

Yo lo miro cabreada y él se da cuenta porque me coge de la mano y yo tiemblo, no me gusta lo que este pavo me hace sentir, no me gusta ni un pelo.

Papito me da un abrazo y yo casi echo la primera papilla, ¡qué bestia!

—¡Vaya nenita que te has echado! ¡Menudo bellezón!

No sé por qué, pero empieza a caerme bien el tipo este, misterios de la vida. Le sonrío y él me da dos besazos que me dejan los mofletes temblando.

—¡Pasadlo bien! Cualquiera cosa estaré tras la barra y por supuesto, ya sabes hermano, mi brother no paga en mi local.

—Papito...

Papito lo mira y le apunta con un dedo, no admite réplicas, él tiene la última palabra en ese tema.

Darío me coge por la cintura y me hace bailar al son de una balada, me está poniendo de los nervios sentirlo tan cerca, creo que mis pezones están tan duros que como se acerque más, lo apuñalo. ¡Qué vergüenza! Bueno, si se da cuenta, siempre puedo decir que es porque tengo frío.

—¿De qué lo conoces?

—Los dos huimos de Cuba en el mismo bote, durante la travesía, el mar se embraveció y él cayó al agua. Los otros ocupantes del bote, aterrados por la furia del mar, estaban dispuestos a dejarlo a su suerte, pero yo lo agarré de un brazo. Al final los otros comprendieron que no iba a soltarlo y me ayudaron a subirlo, desde entonces somos como hermanos. Pasados unos años en Miami, él me dijo que quería probar suerte en España y yo le seguí.

—¡Uuuufff! Menuda historia, debió ser terrorífico.

—Lo fue, pero eso ya es cosa del pasado.

Nos retiramos a nuestros sillones, agarro mi cubata y me doy cuenta de un pequeño detalle. ¿Dónde está Martita? La muy... se ha largado, rebusco en mi bolso y mi teoría se confirma, miro mi móvil y tengo un mensaje, “Que te

lo pases bien con ese guapetón”. ¡La madre que la parió! Miro agobiada mi monedero, no estoy segura de tener bastante dinero para un taxi y esto está muy lejos de mi piso, no debí haber aceptado que me llevara en el coche Toto. ¿Ahora qué hago?

—Te veo tensa, ¿qué te pasa? —pregunta Darío preocupado.

—La tonta de mi amiga se ha creído que estamos liados y se ha largado, no sé si tengo bastante dinero para coger un taxi.

—Puedo llevarte yo y bueno... si te es incómodo, te doy dinero para el taxi, como prefieras.

Lo miro, nunca pensé que fuera tan atento y educado, no dejo de pensar en que me he estado pasando las horas tratando de evitarlo y ahora resulta que es un encanto.

—La verdad es que estoy cansada, ¿te importa llevarme a casa?

Darío asiente con la cabeza y se levanta dispuesto. Yo recojo mi abrigo y mi bolso, él me coge de la mano y yo tiemblo, pero en cuanto cruzamos el muro de personas que se encuentran entre nosotros y la salida del local, me la suelta. ¿Estás decepcionada? ¡Ya te vale Tania!

Saca el mando y pulsa un botón, las puertas se quejan y quedan abiertas. Me limito a entrar en su coche, un Ford Focus azul que ha debido vivir tiempos mejores, para mi sorpresa, el interior está muy limpio y huele a moras, lo que me da un poquito de hambre, casi deseo darle un mordisquito al salpicadero por si sabe también a moras.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Claro. —responde Darío.

—Te he visto varias veces mirar el calendario y poner mala cara.

Darío aprieta los labios, por un momento creo que no va a contestar, pero al final lo hace.

—Mañana es mi cumpleaños.

—¿Y por eso esa cara de desagrado?

—Soy huérfano o al menos eso me dijeron, para mí ese día no significa

nada, a decir verdad, seguramente me asignaron ese día como posible día de nacimiento.

—Entonces, ¿no lo celebras?

—No, no estoy especialmente agradecido por estar vivo.

—No digas eso, vivir es algo bonito, aunque a veces todo salga como el culo.

Darío me mira y sonrío, yo vuelvo a temblar y no es por frío, sus ojos me dejan sin aliento.

—Dos calles más y luego tuerce a la derecha. —le indico.

—Vives muy cerca de la cafetería.

—Sí, alquilé un pisito pensando en eso, no me gusta madrugar y al estar cerca y tener moto, puedo dormir un poquito más.

—Llegamos. —anuncia Darío mientras aparca a un lado de la calle.

—Te agradezco que me hayas llevado a casa.

—Ha sido un placer.

—¿De verdad no vas a celebrarlo?

—No.

Agarro mi bolso, abro la cremallera y rebusco en él hasta dar con mi objetivo, un bolígrafo, lo saco y para sorpresa de Darío, le agarro la mano derecha y escribo en su mano mi teléfono.

—Si te decides a celebrarlo, me llamas, adoro las tartas, aunque canto fatal el cumpleaños feliz, la última vez hice estallar una bombilla, menudo susto. —le doy un beso en la mejilla y me bajo del coche.

Cruzo la calle, saco las llaves del bolso y abro el portal, una vez dentro, me doy cuenta de que él se ha esperado a que entrara. No, si al final va a resultar ser un buen chico y todo. Tomo el ascensor y me recuesto sobre el lateral, me rasco la nariz y me sorprende, huele a su colonia, seguramente de cuando le cogí la mano, huele bien.

Capítulo 7

El domingo por la mañana toca zafarrancho de combate, lavadoras, limpieza del piso, revisión del frigorífico, no estoy muy segura de tener bastante comida. Paso la aspiradora, pero no dura mucho, enseguida se para y deja de aspirar. Me acerco la boquilla a la cara y miro por si está atrancada con algo y justo en ese momento la muy cabrona se pone en marcha y me aspira la cara. Chillo como una loca, ahora me arrepiento de haber comprado la que tenía mayor poder de succión. Tiro de ella y consigo liberar mi nariz, pero se me pega en el moflete derecho, esto es la guerra. Suena el móvil, me extraño, no espero ninguna llamada. Me acerco a la mesita y contesto, sí, la boquilla de la aspiradora sigue en mi moflete, pero me puede más la curiosidad de coger el teléfono.

—¿Sí?

—Hola Tania, esto... he comprado una tarta.

Sonrío, ¡misión cumplida!

—¡Genial!

—¿Dónde quedamos?

—Puedes venir a mi casa, aquí tengo velas y todo lo necesario.

—No quiero molestarte ni invadir tu privacidad.

—No seas tonto, te espero a las seis.

—Ok, pero no sé en qué piso vives.

—Cuarto A.

—Pues, hasta las seis.

—Adiós Darío.

Sonrío como una tonta, no sé si por verlo o porque voy a comer tarta, pero en estos momentos tengo un asunto urgente que solucionar, puñetera aspiradora. ¡Suéltameeeee!

Darío está sentado en el sillón de mi piso, he encendido la televisión para tener algo de ruido de fondo, así, si uno se calla, puede disimular un poco. Parece algo cortado, mira su tarta algo confundido, se nota que le incomoda celebrar su cumpleaños, pero... ¿entonces, por qué ha comprado una tarta?

—Aquí están las velitas. —retiro la cubierta de plástico de la tarta y cuando voy a clavar una vela, caigo en un pequeño detalle, no sé su edad—. ¿Cuántos añitos tienes?

—29.

—¡Uuuufff! Por los pelos, me faltan números, pero un dos y un nueve me quedan, tengo que comprar un siete para mi cumple.

—¿Tienes 27?

—Sí, pero aparento 18.

Darío sonrío, pero sigue mirando la tarta con recelo.

Me siento a su lado, entrelazo los dedos de mis manos y lo miro fijamente.

—Darío, te veo muy incómodo. Si tanto te molesta celebrar tu cumple, ¿por qué has comprado una tarta?

—Quería verte. —responde Darío mirándome con timidez.

Si mi cara fuera de cristal, esas palabras habrían sido la piedra que lo hubiera roto en mil pedazos, eso sí que no me lo esperaba. ¿Quería verme?

—Mira Tania, no ha sido buena idea, somos compañeros de trabajo y no quiero incomodarte. —dice Darío levantándose del sillón, dispuesto a irse.

—¡No te vayas! —grito y yo misma me sorprendo.

Darío me mira, ahora soy yo la que está toda cortada y con los mofletes rojos como un tomate.

—No seas tonto, no me incomodas lo más mínimo y además, no me puedo comer esta tarta yo sola.

Darío se sienta, sigue nervioso, pero trata de no aparentarlo. Yo coloco las velas, las enciendo con mi mechero de cocina y le pido que se acerque a la tarta.

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todoooooos, bueno solo yoooo, cumpleañosooooos feliz, no sé qué más viene, cumpleaños feliiiiiz! ¡Halaaa, ya está, pide un deseo y sopla!

Darío sonrío, mira la vela y yo me muero por saber qué va a pedir, sopla la vela y yo aplaudo como una loca.

—¡Bieeeeeen!

Darío está todo colorado, yo le doy un abrazo y me dispongo a darle un beso en la mejilla, pero no calculo bien y se lo doy en todos los morros. ¡Aaaaay! Me retiro y lo miro toda cortada, yo no sé qué ha pasado.

—Perdona, es que te has movido y...

Darío me mira sobresaltado, éste se ha enfadado.

—No sabía que los deseos que se piden al soplar las velas, se cumplieran, si lo llego a saber, hubiera celebrado mi cumpleaños cada año. —Darío se calla, tiene los ojos muy abiertos y se lleva una mano a la boca, pero ya es tarde.

—¿Pediste besarme?

—No, yo solo me preguntaba, ¿cómo sería besar a una chica como tú?

—¿Y cómo soy yo?

—Per.... Perfecta.

¡A la mierda la tarta! Me arrojo sobre él y lo beso como una loca, es la primera vez que un hombre me considera perfecta.

Capítulo 8

Los dos acabamos tirados en el sillón, nos besamos hasta que tenemos los labios hinchados. Él me mira y yo me pierdo en sus ojos profundos y extrañamente inocentes. Es mayor que yo y sin embargo tengo la sensación de ser una asalta cunas.

—Hora de comer tarta. —susurro divertida.

Darío se incorpora en el sillón en cuanto me quito de encima, yo corto un trozo de tarta, lo sirvo en un plato y junto con una cucharilla, se lo entrego, luego me toca a mí y como dicen: “La que reparte se lleva la mejor parte”.

—Está muy buena, me encanta este chocolate y ... no parece industrial.

—No lo es, fui a la cafetería y la hice para ti. —admite Darío.

Yo ya no sé qué hacer, ¿me como la tarta o me lo como a él?

Después de devorar gran parte de la tarta, Darío me mira, parece confundido. Llevo los platos y la tarta a la cocina, me apoyo en la encimera y me pregunto si he hecho bien lanzándome a sus brazos. Al fin y al cabo somos compañeros de trabajo.

—Tania, debo irme, mañana me tengo que levantar muy temprano, a las cinco me traen los últimos pedidos.

—¡Vale! —Lo sé, no es una gran respuesta, pero es que no me sale nada, me he quedado bloqueada.

Darío me sonrío y se marcha, supongo que para él esos besos no han significado nada.

Recojo la cocina, por suerte es pequeñita y me voy a la cama. No dejo de dar vueltas, solo pienso en sus labios, no puedo creer que haya bajado la guardia así y encima he quedado de facilona. No debí besarlo, subestimé mi soledad y parece que mi maldito corazón está frito por ser amado. Cierro los ojos y poco a poco me dejo vencer por el sueño.

El lunes, nada más llegar, me encuentro con que Luis no está, en su lugar ha venido Manuel su hermano pequeño, eso me escama.

—Hola Manuel, ¿Y Luis?

—No me hables, que no sabes el día que nos dio ayer.

—¿Pero qué ha pasado? —pregunto ya preocupada.

—Casi se le para el corazón, el muy terco se negaba a ir al médico, decía que eran achaques de la edad y para empeorarlo ya sabes lo mal que comía.

—¿Entonces qué pasa con la cafetería?

—De momento vendré yo, pero la cosa pinta mal, de entrada, el médico le ha prohibido hacer esfuerzos y a partir de ahora su ritmo de vida debe cambiar o la cosa irá a peor.

—¡Madre mía! Aquí está siempre en tensión, no veo una buena salida a esto.

—Ni yo tampoco, puedo venir unos días, pero no puedo descuidar mi negocio, tendrá que traspasar la cafetería.

Yo asiento con la cabeza, me da pena Luis, era un poco idiota, pero en el fondo lo apreciaba, debe de ser un gran palo para él tener que resignarse a perder su cafetería. Camino hacia la cocina y justo entonces caigo en un pequeñísimo detalle, si traspasa la cafetería, yo me quedo sin trabajo. Siento un sudor frío recorriendo mi espalda, no podré hacer frente al alquiler, ni los pagos de la luz o el agua, apenas si tengo algo ahorrado.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Darío.

—No, Luis está enfermo y va a tener que traspasar la cafetería, así que voy a la calle.

—El nuevo dueño podría contratarte.

—No lo creo, fijo que me quedo sin trabajo, será mejor que empiece a buscar empleo.

—Yo que tú me esperarías, he hablado con Luis y me ha dicho que un hombre le ha hecho una oferta y que lo está considerando.

—¿Tú lo sabías?

—Sí, ten en cuenta que acabo de firmar un contrato con él, este tipo de información no puede omitírmela porque le podría acarrear una demanda.

—Claro y a mí que me den por culo, como solo soy su esclava, para qué avisarme.

Darío sonrío, deja unas cajas cerca de la pared y viene hacia mí, coloca sus manos sobre mis hombros y me mira fijamente.

—Espérate, no vas a encontrar trabajo de un día para otro y no creo que Luis pueda permitirse tener a su hermano aquí mucho tiempo. Al final aceptará la oferta y estoy seguro de que el próximo dueño valorará tu experiencia, yo lo haría.

Lo miro y rompo a llorar, mi pequeño mundo parece estar a punto de romperse en mil pedazos como un plato que arrojaran contra el suelo. Darío me abraza y yo me siento bien, pero también mal porque aquellos besos no han significado nada para él y en el fondo de mi ser, yo necesitaba importarle a alguien.

Me paso el resto de la mañana echando una mano a Manuel que no se defiende bien en la barra y atendiendo las mesas, que para empeorar las cosas, ahora no es solo café y tostada, ahora hay menú. Al menos Darío ha hecho unas mini cartas para que yo no tenga que memorizarlas y pronto llegarán las cartas para uso de los clientes, algo que me quitará mucho trabajo, siempre y cuando siga aquí, claro.

Capítulo 9

Sobre las cuatro, los clientes se marchan, Manuel cierra la cafetería una hora para poder ir a su casa a comer. Yo me pongo a barrer, no tengo ganas de comer, mi vida se hunde en la ciénaga de la mala suerte y no parece que pueda hacer nada para impedirlo.

Darío entra en la sala y se cruza de brazos, parece molesto con algo, pero yo no estoy interesada en preguntarle.

—¿No vas a almorzar?

—No.

—Tienes la comida encima de la mesa.

—Te lo agradezco, pero no tengo hambre.

—Tania.

—Mira, ¿sabes lo que te digo?, ¡métete tu comida por donde te quepa! No quiero nada de ti, vienes a mi casa, prácticamente me confiesas que te gusto, nos besamos y luego actúas como si nada hubiera pasado. ¿Sabes qué? Me alegro de que vaya a perder el trabajo, así no te volveré a ver nunca más.

—Tania, no seas injusta.

—¿Injusta? Si no tenías interés en mí, ¿por qué no me apartaste cuando te besé?

—Porque yo lo deseaba. —responde Darío y yo cada vez entiendo menos.

—¿Quieres volverme loca?, ¿es eso?

—Mira Tania, una cosa es lo que yo desee y otra es lo que te convenga a ti, mereces estar con alguien mejor que yo. Te pido disculpas por no haber sabido actuar, pero creo que podemos trabajar juntos, necesitas el trabajo y yo te prometo que no voy a darte problemas.

Lo miro, en el fondo tiene razón, los dos tuvimos un momento de debilidad y con la cosa de que tengo un pie en la calle, lo he sacado todo de contexto.

Dejo el cepillo apoyado contra la barra y camino hacia la cocina, tiene razón, será mejor que coma algo o no tendré fuerzas para seguir trabajando.

Me siento a la mesa y dejo que me sirva pez de limón con guarnición. Nada más probarlo, me queda claro que no es una receta española, los sabores se mezclan en mi boca y casi veo colores como la rata esa de dibujos.

—Lo siento Darío, los dos bajamos la guardia, no debí darle importancia.

Darío me mira, veo tristeza en sus ojos, está claro que no quería hacerme daño, en el fondo solo es un buen chico que ha sufrido más de lo que nadie hubiera podido soportar. Solo imaginarlo en mitad del mar, en un bote minúsculo, a la deriva y sin saber si llegarían a tierra o acabarían en el fondo del mar...

Como lo más rápido que puedo, me siento extraña a su lado y tengo que limpiar la sala antes de que volvamos a abrir.

Manuel no tarda en llegar y trae mala cara, dejo el cepillo y me acerco a él, que se ha quedado apoyado en la barra con los ojos posados en la pared.

—¿Estás bien?

—Lo hemos tenido que volver a llevar al hospital, la cosa no va nada bien y yo no puedo estar con él por culpa de esta maldita cafetería.

—Anda, márchate, yo me encargo de todo, además, se te da fatal atender la barra.

Manuel me abraza y me besa en la frente, a diferencia de Luis, él siempre fue más cariñoso, por eso yo lo llamaba tito Manu.

—Mi hermano no sabe la joya que tiene.

—Y tanto, porque me paga como a una baratija. —añado sonriendo.

Manuel me acaricia el pelo, me sonrío y se marcha con expresión preocupada.

Sigo barriendo, tengo que terminar pronto para encargarme de la barra, va a ser complicadillo, pero es temporal.

Darío sale de la cocina y se queda mirándome, parece sorprendido de no ver a Manuel.

—¿Y Manuel?

—Se ha marchado al hospital, Luis no está mejor, así que yo me quedo al mando de este barco.

—Lo harás bien. —responde Darío sonriendo.

Los clientes comienzan a llegar, atiendo a una pareja y a dos comerciales que no pierden la ocasión de intentar venderme unos seguros, pobres, yo no tengo nada qué asegurar. Limpio una mesa y rápidamente es ocupada por cuatro chicos vestidos con equipaciones de fútbol. Corro a la barra y sirvo un par de cubatas, tres cervezas y dos cafés. ¡No parooooo!

Ya me tiemblan un poco las piernas, aún queda para cerrar y la cafetería está más llena que nunca, esto va a ser duro. Me sorprende cuando veo que Darío se quita el delantal, lo deja sobre una silla y empieza a atender mesas, eso sí que no me lo esperaba. Mientras atiendo a los clientes de la barra y les voy cobrando, de reojo miro a Darío, los clientes parecen adorarlo, se ríen con él y sus ocurrencias.

—Necesito dos refrescos de cola, cuatro cafés y dos porciones de tarta de queso.

—No tienes por qué hacer esto, no es tu negocio.

—Quiero ayudarte, eso es todo. —replica Darío guiñándome un ojo.

Sonríó como una tonta, Darío es genial, me da pena tener que dejar de trabajar allí con él, me arrepiento de las palabras que le dediqué.

Capítulo 10

Sobre las once, la cafetería se queda vacía y decido cerrar, no puedo más, estoy hecha un pellejo. Darío apaga la luz de la cocina y entra en la sala.

—¿Nos vamos?

Asiento con la cabeza, corro a la cocina y agarro mis cosas y salgo fuera, no tengo ganas de cambiarme, solo quiero llegar a casa y espatarrarme un rato en el sillón, viendo la tele.

Salimos fuera y saco las llaves, cierro la puerta y echo la persiana, estoy loca por montarme en mi moto y surcar las calles.

—¡Hasta mañana Tania!

—Adiós Darío.

Me monto en la moto, enciendo el motor y acelero, ha sido un día raro, pero al menos estoy bien con Darío, algo es algo y espero que Luis se mejore.

La semana pasa y yo me mantengo en la incertidumbre, Darío no parece estar nervioso con la posibilidad de tener que asociarse con otra persona, se centra en cocinar y ayudarme. Aunque no vayamos a tener nada entre nosotros, al menos parece que voy a tener otro amigo.

El sábado por la tarde, después de cerrar, me paso por el hospital. Manuel me ha dicho que Luis está mucho mejor y que pronto le darán el alta, yo me alegro por él. Entro en la habitación y Luis me sonríe, hasta me echa los brazos, algo raro en él.

—¡Mi niña guapa ha venido a verme! ¿Qué tal la semana?

—Durilla, pero he salido adelante, Darío me ha ayudado en todo lo que ha podido. ¿Y Manuel?

—En la cafetería, comprando algunas cosas para cenar, el muy terco no quiere irse a casa a descansar, si a mí me dan el alta el lunes seguro.

—Tú a lo tuyo, a ponerte mejor.

—Tania, he vendido la cafetería.

—Manuel ya me comentó que habías recibido una oferta.

—Sí, los médicos no me dejan trabajar, yo me encuentro bien, pero esos zopencos...

—Ya has trabajado bastante, ahora lo que tienes que hacer es buscarte un hobby y disfrutar la vida.

—Me da mucha pena que te quedes sin trabajo, eres muy buena chica. — dice Luis frotándose los ojos medio llorando.

—Luis, tranquilo, no pasa nada, ya encontraré algo. —lo consuelo y le doy un besazo en la mejilla.

—El lunes, el nuevo dueño cerrará la cafetería, quiere hacer reformas. Manuel te hará un ingreso en tu cuenta, te pagaré el mes entero y tu finiquito acorde a todos los años que has trabajado y sin mierdas de rebajas. ¿Me llamarás alguna vez?

—¡Claro que sí! No te vas a librar de mí tan fácil.

Paso un ratillo más con él y en cuanto viene Manuel, me despido de los dos y me marcho. Ver a mi antiguo jefe tan desvalido, me ha roto el alma y saber que hoy ha sido mi último día de trabajo, no ayuda tampoco.

Bajo en el ascensor, por suerte no hay nadie más, nadie que pueda ver cómo lloro asustada por mi futuro incierto, al menos, el finiquito me ayudará a aguantar un tiempo, podría dejar el piso y compartir otro con alguien, tal vez Martita me haga un hueco en su pisito con Toto.

Le envió un mensaje a Darío, debería llamarlo y despedirme, pero se me corta la voz cada vez que pienso en el tema, escribo unas palabras de despedida y pulso el botón de enviar.

Nada más llegar a casa, dejo el móvil sobre la mesita y me voy al baño, necesito una ducha. Me desnudo y entro en la bañera, ni siquiera me he traído ropa interior para vestirme, pero... ¡qué más da! Vivo sola, estoy sola como

siempre, tendré que pensar en comprarme un gato, me convertiré en la señora de los diez gatos.

Escucho sonar mi móvil, aún estoy en la ducha, el que sea deberá esperar. A decir verdad, no quiero hablar con nadie, solo quiero estar sola, acostumbrarme a mi nueva situación a mi manera.

Salgo de la ducha, decido que necesito salir y que me dé el aire. Me visto, agarro las llaves y me marcho. Miro el móvil, Darío, no quiero hablar con él, Martita, Toto, no quiero hablar con nadie, quiero estar sola. Estoy cansada de ver cómo todos son tocados por la felicidad y yo... paso de seguir pensando en eso.

Capítulo 11

Camino por la calle, la zona está animada, la gente pasea, se divierte, llena terrazas sin importarle el frío. Mi móvil vuelve a sonar, me limito a apagarlo, no estoy para nadie. Cuando me quiero dar cuenta estoy cerca del local de Papito, no voy a entrar, Darío podría estar allí y no quiero hablar de trabajo ni de problemas.

—¿Pero quién está aquí? ¡Mi amiga Tania!

Ese acento cubano tan marcado me deja claro que no me voy a escapar tan fácil. Me giro y veo a Papito que me mira mal.

—¿Estás aquí y no pensabas venir a ver al pobre Papito?

—Papito yo...

Me da un abrazo y un beso en la mejilla, luego me coge de la mano y tira de mí hacia adentro del local, no sé si reírme o chillar.

Nos sentamos en unos taburetes junto a la barra en una zona donde la música no se escucha muy fuerte, Papito me mira preocupado, ¿tanto se me nota que no estoy bien?

—Tú a Papito no lo engañas, te ha pasado algo.

—Mi jefe enfermó, vendió la cafetería en la que trabajaba y me he quedado en paro. —versión abreviada y directa al grano de mi cutre vida actual.

—¿Por eso estás triste?

—¿Te parece poco?

—¿Sabes qué? Tómame unos días para ti, relájate y luego vienes a ver a Papito, una camarera siempre viene bien y si es amiga de mi compadre, más.

Yo bajo la vista y Papito me mira confundido, a este cubano no se le escapa nada o yo soy demasiado transparente.

—¿Te hizo algo mi compadre? Mira que lo agarro del cuello.

—¡No!, no hizo nada malo, solo nos besamos.

—Pues por tu cara o le olía el aliento a ajo o algo peor.

Sonríó, su ocurrencia me ha hecho olvidar por un momento mis problemas.

—¿No te correspondió?

—No pasa nada Papito.

—Ese niño tonto y acomplejado, si no fuera porque yo tengo a mi mamita, me quedaba yo contigo.

—¿Acomplejado?

—¿No te lo contó?

—En el orfanato le zurraban de lo lindo, tiene todo el cuerpo marcadito de quemaduras de tabaco y correazos, esos bastardos hijos de la mala madre se pasaron con él. He intentado que salga con chicas, le he presentado chicas bien guapas, pero nada, no quiere que nadie vea su cuerpo.

Miro a Papito horrorizada, ahora lo entiendo todo, por eso me dijo que merecía algo mejor. Me pongo a llorar como una tonta y Papito me abraza. Darío solo aspiraba a ser un buen amigo, otro que se negaba a enamorarse.

Le doy un beso en la mejilla a Papito y me marchó educadamente, me niego a tomarme algo, necesito hablar con Darío. Salgo del local y enciendo el móvil, marco su teléfono y espero, pero no lo coge, me desespero, quiero hablar con él. No sé dónde vive, la cafetería estará cerrada una buena temporada, no tengo ni idea de cómo localizarlo, debí pedirle su dirección a Papito, pero... ¿Y si no quiere verme?

Hecha un lío, decido regresar a casa, camino por la calle sumida en mis pensamientos, ¿por qué no me contó la verdad?

Miro el móvil, intento llamarlo otra vez, pero sigue sin contestar, supongo que ahora que sabe que no vamos a trabajar juntos, habrá decidido pasar de mí.

El domingo por la mañana decido ir a la cafetería para recoger mis cosas, me monto en mi moto y suspiro, seguramente tenga que venderla si no

encuentro trabajo, mi pobre chiquitina, con lo bonita que es.

Las calles están vacías, son las nueve de la mañana, la gente estará durmiendo, los más fiesteros acabarán de acostarse, a mí me resultó imposible dormir.

Aparco la moto en la parte trasera de la cafetería y saco mis llaves, la puerta se abre, aún me cuesta acostumbrarme a verla abrirse en ese sentido. Me quedo parada al ver que dentro hay luz, ¡ladrones! Agarro un salchichón enorme y lo uso a modo de garrote, huele mal, pero un golpe con él tiene que hacer daño. Salchichón en mano recorro el pasillo que da al almacén, la luz proviene de la cocina. Veo una sombra que se acerca, levanto el salchichón y... ¡Salchichonazo que te crió!

—¡Dios qué daño!

—¡Darío! ¡Creí que era un ladrón! ¿Pero qué haces aquí en domingo?

—No sé, ¿trabajar? Te recuerdo que aunque cambie de dueño, mi contrato sigue en pie.

Me quedo sin palabras, tiene razón, no había caído en eso.

—Lo siento, yo...

—Creo que el nuevo dueño debería contratarte como vigilante en lugar de como camarera.

—¿Conoces al nuevo dueño?

—Sí, es un tipo bastante soso y serio, pero parece legal.

Corro hacia la nevera y agarro un paquete de merluza, regreso a su lado y se lo coloco en la cabeza, menudo chichón le va a salir. ¡Me quiero morir!

Capítulo 12

—Tania, te agradezco el detalle, pero prefiero un chichón a que me apeste la cabeza a pescado.

Suelto una carcajada y él sonríe, me derrito con este tío, pero yo no he venido para eso. Me levanto y camino hacia el almacén, debo vaciar mi taquilla.

Introduzco mi llave por última vez y me quedo mirando mis fotos y mis poquitas pertenencias, algún muñeco tontorrón, mis cositas de higiene personal, una carta de mi madre y alguna muda. Lo agarro todo y lo meto en una bolsa que veo sobre una estantería. ¡Joder también era de pescado!

—Tania, podría hablar con el dueño, así entre que hace la reforma y demás...

—Es igual, ya buscaré algo, no te preocupes.

—Ayer estuve con Papito.

—Mi compadre loco, ¿y qué se cuenta?

—Me ofreció trabajo y me contó algo sobre ti.

Darío se aparta, noto que su expresión cambia, ya no parece relajado, está tenso y nervioso.

—¿Qué te contó?

—Lo que te hicieron en el orfanato.

—Papito es un bocazas.

—¿Por eso no querías salir con chicas? ¿por eso no quieres conocerme mejor?

Darío me mira, ahora parece dolido, camina en círculos, nervioso, como si tratara de decidir qué decir o hacer.

—Sí, quiero conocerte y deseo que te contrate el nuevo dueño para verte cada día, pero...

—¿Pero?

—No quiero, no puedo, Tania, no quiero que nadie vea mi cuerpo.

Me acerco a él, entrelazo mis brazos rodeando su cuello y le beso, me da igual si me rechaza, me da igual si no quiere que vea su cuerpo, no es su cuerpo lo que me vuelve loca.

—Me da igual tu cuerpo, me gustas Darío, me gusta tu personalidad, tu carácter duro y cariñoso a la vez. Quiero verte, quítate la camisa.

Darío me mira aterrorizado, baja la vista, pero veo que se lleva las manos a uno de los botones, me queda claro que prefiere el dolor de mostrarme su cuerpo a perderme. Lentamente, botón a botón voy viendo su estómago bien formado, su pecho. Se quita la camisa y la deja sobre una estantería. Se gira para que pueda ver su espalda y apoya las manos contra la pared, no se atreve a mirarme, no pronuncia palabra alguna.

Me quedo mirando sus cicatrices, pero yo solo veo un cuerpo bello, moreno y bien torneado, el cuerpo del único hombre que ha conseguido hacerme sentir.

—Darío, siento lo que te ha pasado, pero yo quiero estar contigo, me gustas mucho.

Darío se gira y me mira con furia, agarra la camisa y se la pone sin mirarme.

—Pues yo no quiero estar contigo. —replica.

Yo me quedo allí parada, con el corazón roto y sin poder contener mis emociones, pobre idiota, acaso creías que él iba a ser diferente, nadie se enamorará nunca de ti, el amor es solo para los demás.

Rompo a llorar y salgo corriendo, fuera ha empezado a llover, meto la llave en el contacto de mi moto, pero no arranca, se ha vuelto a estropear, siempre le pasa cuando se moja. Intento arrancarla una y otra vez, pero no lo consigo, me estoy calando hasta los huesos, pero nada es tan doloroso como lo que siento en mi interior. Trato de arrancarla usando el pedal, me escurro y caigo al suelo, no puedo dejar de llorar, ya todo me da igual. Darío baja los escalones y se acerca a mí, puedo ver cómo la lluvia moja su ropa, se

arrodilla a mi lado y me mira con ojos llorosos.

—Lo siento, me gustas mucho, pero cuando miro mi cuerpo, me siento como un monstruo y no quiero que tú... No es agradable verme.

Me abrazo a él, incapaz de contener mi llanto, él se aparta con cuidado y me besa y no hay nada que haya podido sentir jamás que me llene más que ese beso.

—Te quiero Tania, lo supe desde el momento en que me estampaste la bandeja en mi camisa.

Suelto una carcajada y sorbo los mocos, no es muy de señorita, pero es lo que hay, lo beso una y otra vez, me da igual el frío, la lluvia, solo quiero besarlo y sentirme amada, nunca pensé que este momento pudiera llegar.

Darío me coge en brazos y me lleva hasta el interior de la cafetería, yo me limito a mirarlo, mi hombre perfecto.

—Será mejor que te cambies, no quiero que te resfríes.

—Mi muda está dentro de una bolsa que huele a pescado.

—Bueno, entonces entre tu ropa y mi cabeza, la gente pensará que usamos el mismo perfume.

—O que somos igual de guarros. —replico sonriendo.

Darío me besa y yo me derrito, ¿de verdad esto está pasando?

Capítulo 13

Darío me ha pedido que no busque trabajo y no es lo único que me ha pedido, he dejado mi piso y me he mudado a su ático, lo sé, vamos muy rápidos, pero me da lo mismo, quien no se arriesga no gana. El ático está compuesto por un gran salón en tonos blancos con muebles de pladur, en ellos está situada la televisión y una colección inmensa de libros. Dos sillones enormes de color canela flanquean una mesita de cristal situada frente al televisor, al fondo hay una mesa de unos dos metros rodeada de ocho sillas. Los cuadros contienen escenas cotidianas de la vida en Cuba, un par de botes de pesca, cultivando, tejiendo... Hay un solo dormitorio, pero es muy amplio, la cama es de un metro cincuenta de ancho y dos de largo, el cabecero es de cedro y tiene dos mesitas del mismo material, es un estilo un poco clásico para mi gusto pero encaja con los cuadros y los armarios. La cocina es abierta, se nota que a Darío le gusta cocinar mientras atiende a sus invitados, también hay un pequeño despacho y lo que más me gusta de todo es la terraza de setenta metros cuadrados. Salgo fuera y me apoyo en la barandilla de cristal opaco, me quedo observando la calle, me siento como una millonaria viviendo allí.

—¿Cómo está mi chica?

—Alucinando con tu ático, no sabía que fueras rico.

Darío sonrío divertido, me abraza y me besa con pasión. Estoy loca por él, ya no me imagino una vida sin estar a su lado, este dichoso cubano me ha robado el corazón.

—He hablado con el nuevo dueño de la cafetería, va a necesitar una camarera.

—No sé, volver a ese sitio sin Luis me resultaría raro.

—Pero yo estaré allí y me gustaría verte todo el día.

—¿No te cansas? —pregunto divertida.

—Jamás. ¿Aceptarás el trabajo?

—¿No debo pasar una entrevista?

—Tú déjame eso a mí, te recuerdo que la cocina es mía y si se pone tonto puedo cocinar tan mal que tenga que cerrar el negocio. —replica Darío con una sonrisa malévol.

Suena el timbre y yo salgo pitando, dejando a mi chico con cara de sorpresa, yo soy así, impulsiva y loca.

Abro la puerta y me abrazo a Martita, le doy un pellizco cariñoso a Toto y tiro de ellos para que entren.

—Nena, cada día estás más loca. —dice Martita sonriendo.

Toto pasa de nosotras y camina hasta la terraza, donde se funde en un abrazo con Darío y los dos empiezan al charlar.

—Nena, ¿cómo va tu búsqueda de curro?

—Darío ha hablado con el nuevo dueño de la cafetería, puede que trabaje allí cuando la inauguren.

—Eso es genial y encima tendrás a tu chico al lado.

—Sí, no me quejo. ¡Ven! Vamos a preparar la cena, que por una vez quiero que Darío no cocine.

Cocinar no es lo mío, solo sé lo justo para salir del paso, pero he hecho trampa, encargué la comida a un restaurante y luego la metí en tupper para que así pareciera que cociné yo. ¡Jejejee! Soy muy lista.

Martita prepara unos mojitos, echa el hielo en los vasos de cristal, luego la menta que acto seguido machaca un poquito, el azúcar, agua mineral y ron. Le doy un sorbo a mi vaso y cierro los ojos alucinada, menudo toque más bueno le ha dado mi amiga.

Agarramos los vasos y nos marchamos a la terraza donde Darío y Toto están sentados en dos sillas de plástico, blancas con acolchados tapizados en negro y gris. Le entregamos un vaso a cada uno y los dos lo cogen agradecidos. Darío da un sorbo y le guiña un ojo a Martina, viniendo de un cubano eso es todo un halago.

—Entonces va a reformar al completo la cafetería, pero... ¿no afecta eso a

tu cocina? —pregunta Toto.

—En cierto modo sí, va a cambiar el look y habrá más mesas, lo que aumentará el número de pedidos a cocina, pero no me preocupa, estoy allí para ganar dinero, no me asusta trabajar duro. —responde Darío.

—Yo te envidio Darío, tener tu propio negocio, aunque sea asociado a otro. Detesto trabajar para mi jefe. —dice Martita resoplando.

—Bueno chicos, ¿qué tal si cenamos? Tengo hambre.

Todos asienten con la cabeza y yo suspiro aliviada porque la verdad, estoy hambrienta.

Los chicos nos ayudan a poner la mesa, Darío mira la comida y luego me mira a mí, éste sospecha algo. Yo disimulo y me limito a calentar la carne en salsa de tomate y perejil. Martita acerca los platos y los cubiertos. Darío saca una botella de vino tinto de Montilla-Moriles y Toto se la arrebató para mirar la etiqueta, aunque por poco tiempo, porque no tarda en sacar el corcho y verter su contenido en las copas. Llevo a la mesa una fuente con ensalada, bueno en realidad parece una ensaladilla, pero lleva trocitos de manzana y piña. Me vuelvo y cojo un plato con buñuelos de bacalao, se lo entrego a Martita y me centro en la carne, pensándolo bien, ya la serviré luego.

Nos sentamos y empezamos a devorarlo todo, el vino no me apasiona, le doy un traguito y trato de pasarlo, soy más de refrescos. Toto no deja de hablar con Darío, empiezo a mosquearme, se han hecho muy amigos, pero no es eso lo que me pone nerviosa, hablan mucho sobre la cafetería y me consta que a Toto ese tipo de negocios no le interesan lo más mínimo.

Capítulo 14

—Martita, ¿quieres que sirva la carne?

—Sí, por favor, estos dos están a lo tuyo y yo me muero por probar la carne.

Me levanto, cojo un cucharón y comienzo a servir los platos, que voy llevando a la mesa. Darío me sonríe y yo pongo cara de tonta, empieza a hartarme que tenga ese poder sobre mí, que yo soy muy independiente. Martita agarra su plato y pincha con el tenedor un trocito de carne, la mueve por la salsa para que se impregne lo máximo posible y se lo lleva a la boca, por su expresión le está encantando.

—Tania te has pasado con esto, está deliciosa.

Yo me limito a sonreír y esquivar la mirada de Darío, una tiene sus salidas, no me voy a poner ahora a aprender a cocinar en dos días y más cuando tu novio es cocinero profesional, que cocine él, ¡qué leches!

Después de cenar, los chicos se encargan de fregar los platos y siguen charlando, esta vez sobre fútbol, son de lo más básicos, ¡en fin!

Martita y yo nos sentamos en uno de los sillones y encendemos la televisión para ver un nuevo reality en el que un grupo de personas se encierran en una casa durante unos meses, lo típico, gente seleccionada por sus personalidades opuestas para que den juego y generen broncas. ¡Vamos, lo que a mí me gusta! Sirvo una copa de crema de whisky a Martita y otra para mí, me siento y las dos nos centramos en el programa. ¡Mira, una chica tiene el pelo rosa!

Toto se sienta junto a Martita y Darío a mi lado, pasa su brazo por encima de mi hombro y me atrae hacia él.

—Estaba muy buena la comida comprada en Marinos. —me susurra Darío.

—¡Joder! ¿Cómo lo sabes?, ¿has identificado los ingredientes?, ¿el sabor?...

—No, cuando fui a tirar unos papeles esta mañana, vi la cuenta en la basura. —confiesa divertido.

Yo lo miro, no sé qué pensar, ¿está decepcionado?

—No quería que cocinaras, al menos por un día. —admito como una niña a la que pillaron robando caramelos.

—Lo sé y te lo agradezco, además, estaba verdaderamente buena la comida. —replica Darío dándome un beso—. Por cierto, chicos, se me olvidaba decirles que mañana a las ocho es la inauguración de la cafetería y estáis invitados a la fiesta de apertura.

Martita aplaude, a ella la fiesta le da vida, Toto sonrío, éste guarda algo, lo sé y Darío parece muy ilusionado, eso lo entiendo, el nuevo socio debe caerle bien.

Por la tarde noche, Darío y yo subimos al coche, él va vestido con una camisa blanca y unos vaqueros azules, informal, pero no tanto. Yo con un vestido rojo y una rebequita negra, que soy muy friolera. Estoy algo nerviosa, conoceré a mi nuevo jefe, ¿será simpático?

—¿Qué pasa Tania?

—Me preocupa tu socio, espero que no sea un capullo.

—Un poco sí que lo es, pero lo soportarás, yo lo hago.

—Bueno, veremos qué pasa.

Cruzamos varias calles, Darío vive más lejos de lo que yo vivía de la cafetería, así que tardamos más en llegar. En cuanto nos aproximamos, me doy cuenta de que la reforma también ha afectado al exterior de la cafetería. Los marcos de las ventanas son de color rojo, tiene luces más alegres y en la entrada hay un rótulo luminoso en el que está escrito el nuevo nombre “El rinconcito cubano”.

—No sabía que tu socio era cubano.

—Casualidades de la vida, es un amigo de Papito.

Yo asiento y en cuanto Darío aparca, salgo del coche, me está entrando un poco de ansiedad, no llevo bien los cambios y tanto tiempo con Luis... me

cuesta adaptarme a tener otro jefe.

—Chica, tranquilízate, ya verás como te llevas bien con él.

—No, no puedo Darío, estoy atacada de los nervios, no quiero trabajar aquí.

—¿Por qué te aterra tanto?

—Tengo miedo de que mi jefe sea un cabronazo.

—Estoy seguro de que te llevarás bien con él.

—¿Y cómo lo sabes?

Darío me mira fastidiado, no entiendo por qué parece sentarle tan mal mi actitud. ¿Qué más da dónde trabaje?

—Está bien, quería darte una sorpresa, pero en vista de cómo te sientes, mejor te lo cuento.

—¿Contarme qué?

—Yo soy el dueño, compré la cafetería a Luis, Papito me hizo un préstamo.

—¡Maldito cabronazoooo! ¡Te voy a matar! Me has tenido hecha un flan todo este tiempo, ¡te voy a arrancar todos los pelos de la cabeza! —grito abalanzándome sobre él con los puños en alto.

Darío no deja de reírse, lo que me cabrea aún más, me agarra las manos para impedir que le pegue y me abraza, hasta que dejo de resistirme y acaba besándome.

—Al menos acerté, mi jefe es un capullo.

—Eso parece, ¿vas a seguir intentando pegarme o entramos dentro?

—Entramos, quiero ver cómo ha quedado.

De mala gana dejo que coja mi mano y entramos en el restaurante. Tiene colores muy vivos, me recuerda a los restaurantes mexicanos, paredes rojas y verdes claritos, mesas de madera de color marrón, con manteles blancos y sillas de madera antiguas. Los cuadros son todos de paisajes cubanos, la barra es de madera con rebordes plateados que le dan un aspecto clásico, las

lámparas de cristal dan una luz cálida, es como estar en casa, me siento muy agusto allí, todo parece crear un ambiente familiar. Al fondo veo a Luis y a Manuel que junto a sus mujeres, están tomando una copa, menos Luis que ya se le acabó el beber. Me acerco hasta allí y reparto besos, me alegra mucho verlos, por los ojos de Luis se nota que le agrada el cambio que ha sufrido su antigua cafetería.

—¡Oye mi nena! —gritan a mi espalda y siento cómo unas manos me agarran de la cintura y... ¿puedo volaaaar?

Papito me coge y me hace girar, yo no puedo evitar soltar una carcajada, parezco una niña chillando en un columpio.

—¡Déjame en el sueloooo!

—Vale mi niña, te presento a mi Mamita.

—Me llamo Isabela. —se presenta una bella mujer de color con un tipazo que me deja sin palabras, su acento cubano es tan marcado como el de Papito.

—Encantada. —no me da tiempo a decir ni una palabra más, Darío tira de mí para mostrarme los cambios.

—Mira, en la barra está Pedro, el salón lo atenderán Eva y Alejandro—. Tira de mí hacia la cocina y veo cómo dos chicos se afanan preparando platos—. Ellos son Lucas y Edu, mis ayudantes.

—Pero si tienes a todo el personal... ¿para qué me necesitas?

—Te necesito para que seas mi encargada de sala y sobre todo, para que aportes la luz a mi negocio, porque sin ti este restaurante no existiría, tú fuiste mi inspiración.

Ahora soy yo la que lo coge de la mano y tira de él hacia la puerta de atrás, una vez fuera, me abrazo a él y lo beso con toda mi pasión.

—Siempre pensé que me quedaría sola, que nadie se enamoraría de mí.

—Pues ya ves que te equivocabas, te quiero Tania y te querré toda mi vida.

No puedo más, lo beso una y otra vez, estoy locamente enamorada de mi cubanito. Hay qué ver lo lejos que Cupido ha tenido que ir a buscar a mi

nene.

Fin

MUESTRAS DE OTRAS NOVELAS DISPONIBLES

Duncan y Tris

Duncan caminaba por las calles nevadas, sus escoltas lo seguían a distancia, pero sin perderlo de vista. Cuando te haces muy rico, suelen empezar las envidias y aparecen los enemigos, por eso él no solía confiar en nadie. Su familia era lo primero, pero en aquella ocasión, no pudo cumplir con ellos. Envió su jet al aeropuerto de Louisiana para que al día siguiente recogiera a Joe y a Brenda y los llevara hasta su mansión en el caribe, para celebrar su verdadera luna de miel. Le hubiera gustado asistir a la boda, pero no se sentía con ánimos. Llevaba años ocultándoles que se encontraba mal, se le daba bien ganar dinero, de hecho, cada vez era más rico, pero su alma estaba vacía. De vez en cuando tenía alguna aventura, nada romántico, sexo sin compromiso, no confiaba en ninguna mujer y desde luego no creía en el amor, eso tal vez fuera para otros, pero no para él.

Entró en una cafetería y sus dos escoltas lo siguieron, los dos hombres se sentaron al fondo para no molestarle.

Duncan sacó el periódico y comenzó a hojearlo sin interés, miró el reloj, las once de la noche. La cafetería no tenía pinta de ir a cerrar, más bien parecían prepararse para recibir a toda la gente que en breve se lanzaría a la calle para celebrar el nuevo año. Un nuevo año, ¿a quién le importaba?

—¿Qué deseas tomar? —preguntó la camarera con demasiada confianza.

Duncan gruñó, odiaba que la gente se tomara confianzas, las confianzas sobre su persona las daba él, no se las tomaba nadie, al menos no sin sufrir

las consecuencias.

—¿Querrá decir, qué desea? ¿O acaso me conoce? —respondió Duncan con sequedad. Levantó la vista y tuvo que hacer acopio de toda su frialdad para mantener el tipo. La camarera era una chica alta y delgada, de pelo negro, con los ojos azules más bonitos que hubiera visto jamás.

—No eres muy simpático, mucha ropa cara, pero de modales los justos.

—¿Te importa traerme un café y callarte?

—Por supuesto, no quiero perder el tiempo hablando con un tonto, cara de pez muerto. —respondió la camarera.

Duncan se quedó paralizado, nunca nadie le había hablado así. Se quedó mirando como la chica se alejaba por el estrecho pasillo y pasaba al otro lado de la barra. Sentía un enorme deseo de meterla en cintura, nadie le faltaba al respeto, ¡nadie!

La camarera regresó unos minutos más tarde, dejó el café sobre la mesa y clavó sus ojos en él.

—Aquí tienes, señor simpático.

—No me gusta que me hablen en ese tono. —gruñó Duncan.

—Pues no tengo otro, así que te jodes. —respondió la camarera.

Duncan miró la plaquita que colgaba de su camisa, Tris, así se llamaba aquella desvergonzada.

—Tris, te aconsejo que me dejes en paz.

—¿Me conoces? —preguntó Tris.

Duncan colocó los codos sobre la mesa y se tapó los ojos con las manos, aquella chica era idiota.

—Lo pone en tu placa del pecho. —gruñó Duncan ya colérico.

Tris soltó una risotada y se llevó la mano a la plaquita.

—¡Es verdad!, hace poco que trabajo de camarera y no me acostumbro a llevar mi nombre en la camisa, ni que fuera un perrito.

Duncan apartó las manos y se quedó mirándola.

—¿Siempre eres tan charlatana?

—Me gusta ser abierta, aunque contigo es difícil porque estás amargado.

—No eres muy educada para trabajar de cara al público.

—No puedo evitarlo, tengo un problemilla.

—¿Un problemilla? —preguntó Duncan con ironía, ya que él veía más de uno.

Tris se sentó en el asiento de enfrente y Duncan puso los ojos en blanco.

—Verás, de pequeña mi madre pensaba lo mismo porque siempre respondía a todo y solía ser brusca. Al principio pensó que era una niña repelente.

—¿No sé por qué pensaría eso? —dijo Duncan dando un sorbo a su café a la vez que miraba por la ventana.

—Luego me llevó a un psicólogo y mira por donde, resulta que tengo una enfermedad muy poco usual.

—¿Enfermedad? —preguntó Duncan mirándola a los ojos y sintiendo que su cuerpo se tensaba.

—¡Tranquilo!, nada grave, aunque sí es algo muy molesto. No puedo mentir, cada vez que lo intento me sale la verdad como si dispararan un cañonazo. Bueno cara pez, te dejo, que mi jefe me va a reñir como no siga atendiendo a los clientes.

—¡Espera! Si de verdad no puedes mentir, dime... ¿qué piensas de mí?

Tris se quedó mirándolo, se le notaba que no quería contestar, sus mejillas se sonrojaron y acabó confesando.

—Eres un imbécil, maleducado, pero estás muy bueno. —dijo Tris avergonzada y se alejó de él.

Duncan sonrió, una chica que no podía mentir, eso sí que era algo interesante, teniendo en cuenta que él se movía dentro de un mundo de mentiras.

Se tomó el café y pidió otro, pero esta vez fue otra camarera quien le atendió, aquella chica lo evitaba, estaba claro. Al café le siguió un trozo de tarta de manzana y al final acabó cenando allí, no sabía por qué, pero no quería irse. Se pasó las horas observando a Tris, con el resto de clientes era dulce y eso le hizo sentir celos, menuda idiotez, ¿yo celoso?

Tris se quedó mirando el reloj, sonaron las campanadas y una inmensa tristeza la embargó. Cuando estudiaba marketing, trabajar en una cafetería o un restaurante estaba bien y era aceptable, necesitaba el dinero, pero después de graduarse... empezaba a asumir que su vida no cambiaría. Todas las grandes empresas habían ignorado o rechazado sus candidaturas.

—¿Pareces triste? —preguntó Duncan que se extrañó del tono suave con el que aquellas palabras habían brotado de su boca.

—Nunca pensé que me pudriría en un sitio como este. —confesó Tris.

—Eres joven, puedes cambiar de empleo.

—Claro, para don Armani, mucha pasta, eso es fácil de decir, pero luego sois vosotros los que nos jodéis el futuro a los que pedimos una oportunidad.

Duncan sonrió, pero rápidamente se puso serio, él no solía mostrar sus emociones.

Buscó en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo una tarjeta.

—El miércoles que viene estaré en la oficina de negocios, segunda planta, despacho número doce. Este jode vidas está dispuesto a entrevistarte para una oferta de trabajo.

—¿De qué es el trabajo?

—Lo sabrás si vas. —cortó Duncan.

—¡Tris, jodida vaga! ¡Muévete!

Duncan apretó los dientes y sus labios se convirtieron en una delgada línea. Tris dio un respingo y corrió hacia la barra para agarrar su bandeja y repartir unos cafés.

Duncan se acercó a la barra y le hizo una señal al tipo que había gritado a Tris. El dueño de la cafetería se acercó, se estaba secando las manos con un trapo cuando se plantó frente a Duncan y lo miró con seriedad.

—¿Qué quiere?

—¿Es usted el dueño?

—Sí.

—Sería una pena que esta bonita cafetería acabara en llamas y le garantizo que eso ocurrirá si vuelve a gritar o hablar mal a Tris. ¿Me he explicado? —dijo Duncan con ojos fríos como la muerte.

El dueño de la cafetería se quedó pálido y cuando vio acercarse a los dos escoltas, miró a Duncan aterrado.

—Lo siento, no volveré a hablarle así, se lo juro.

—Más le vale. —masculló Duncan, se giró y miró a Tris que parecía haberse percatado de que algo sucedía. Le dedicó una sonrisa burlona y se marchó.

Tris se quedó mirándolo, ¿qué le habría dicho ese tipo a su jefe?

Pasaron las horas y la cafetería empezó a llenarse de gente con la ropa llena de confeti. Su jefe estaba muy raro, le hablaba de forma dulce y respetuosa, pero... ¿qué le habría dicho don Armani para que actuara así? Siguió atendiendo las mesas, la espalda le dolía y había perdido demasiado peso, se miró a un espejo y pudo ver como se le marcaban los pómulos. No tenía ni idea de si ese tipo iba en serio o no, pero acudiría a la cita, cualquier cosa sería mejor que seguir en ese antro, además... estaba muy bueno, vamos, que un polvo le echaba si podía.

49 penurias de Troy

Troy estaba parado delante del ventanal de su despacho, desde allí podía ver gran parte de los Ángeles. Nadie podía llegar a imaginar que el hombre más rico de toda la costa oeste, lo daría todo por encontrar a una mujer que lo amara.

A sus treinta años, había logrado crear la mayor compañía petrolera del planeta, lo había conseguido todo, incluso le propusieron presentarse para senador, pero a él nunca le interesó la política.

Tras él, sonó el timbre de su teléfono fijo, se acercó a su escritorio y pulsó uno de los botones para accionar el manos libres.

—¿Sí?

—La señorita Thelia Komo del canal seis, está aquí.

—Hágala pasar.

Thelia estaba temblando, hacía poco que la habían contratado como becaria y para su desgracia, la periodista que estaba a cargo de su formación, se había puesto enferma justo el día en que debía entrevistar al magnate del petróleo, Troy Khasondo. Al menos todo se reducía a hacerle unas preguntas, sacar la grabadora y salir corriendo a la menor oportunidad.

La secretaria de Khasondo abrió la puerta del despacho y Thelia entró, decidió fingir seguridad y en cuanto escuchó que se cerraba la puerta, caminó con decisión por el inmenso despacho. Tropezó con la alfombra, cayó rondando hasta una mesita de cristal, con la que se dio un cabezazo, se levantó como pudo, pero estaba muy mareada y perdió pie, se cayó contra una vitrina llena de figuritas de vidrio y se agarró a ella para mantener el

equilibrio, pero esta cedió y se le cayó encima, junto con todos los objetos que acabaron estrellándose y rompiéndose en mil pedazos contra el suelo.

Troy se quedó mirando el espectáculo, no entendía cómo habían podido enviarle a una periodista tan torpe. Caminó hasta la chica y levantó la vitrina para liberarla, le ofreció la mano para ayudarla a levantarse y fue entonces cuando sus ojos se fundieron en una mirada que acabaría cambiando sus vidas para siempre. Troy palideció al ver aquellos ojos verdes llenos de inocencia, mil y una imágenes brotaron de su mente, la vio tumbada en su cuarto secreto, adoptando mil posturas eróticas.

—¿Se encuentra bien?

—Sí. —contestó Thelia apartando de su boca una figura con forma de pene que se le había caído encima—. Lo siento, le pagaré todo lo que he roto.

—No es necesario, solo son objetos. Llamaré al servicio de limpieza para que arregle este estropicio, tenga cuidado, está cubierta de cristales.

Troy sacó su pañuelo y con cuidado fue apartando todos los pequeños cristalitos del pelo de Thelia, de su cuello, de su vestido. Thelia estaba cada vez más nerviosa, podía sentir mariposas en el estómago, las manos de Troy parecían muy expertas, ahora estaba tras ella, limpiando su espalda. Troy fue bajando por su espalda, lentamente, retirando cada pequeño cristalito y dejándolo caer en la moqueta. Deslizó su mano hasta el trasero de Thelia, procurando no hacer presión, no quería parecer un aprovechado, se agachó y apretó un poco con el pañuelo sobre su culo para quitar un cristal que estaba muy enganchado. Thelia se tiró un pedo, al parecer no eran mariposas lo que sentía, se puso colorada como un tomate y Troy se quedó paralizado con los ojos muy abiertos, ¿se acababa de tirar un pedo en su cara? Nooooo, no podía ser, habría sido la tela que habría crujido con la presión.

—Por favor, siéntese. —pidió Troy—. Martina, que limpien mi despacho.

Troy se sentó al otro lado del escritorio, se dejó caer sobre su sillón negro de ejecutivo y clavó sus ojos en ella. Thelia sacó su grabadora y la colocó sobre el escritorio con torpeza, buscó una libreta y leyó algo. Una parte de él quería meterle presión, pero otra se había quedado encandilado con su belleza, no debía maquillarse y parecía muy joven.

—Aquí está la lista de preguntas, pan, cebollas, lechuga, tomates... esta no es, perdón. —Pulsó el botón de grabación y lanzó su primera pregunta—. ¿Cómo logró convertirse en un empresario de éxito?

Troy suspiró, le fastidiaba que siempre le preguntaran lo mismo.

—Trabajo duro, cultivar sabias amistades y elegir bien a mis socios.

—Debe ser muy inteligente, no todo el mundo es capaz de conseguir convertirse en millonario.

—No todo el mundo se ha criado en la más absoluta pobreza, el hambre es un gran motivador y yo juré que nunca más volvería a padecerla.

Thelia lo miró, aquellos ojos azules le intimidaban y haberse tirado un pedo en su cara de ricachón..., soltó una carcajada involuntaria y Troy la miró sin comprender.

—¿Le hace gracia que pasara hambre?

—No, perdón, me despisté pensando en otra cosa.

—Una periodista con experiencia debería saber concentrarse más en su trabajo.

—¡Ah, no! Soy becaria, mi jefa se puso enferma y me enviaron a mí, parece que todo el mundo le tiene miedo, nadie quería venir.

—¿Y usted me tiene miedo, señorita Komo?

—No, solo es un hombre con dinero y a mí eso no me impresiona.

Troy la miró lleno de curiosidad, Thelia era la primera mujer que no quedaba impresionada nada más verlo.

—Continuemos con la entrevista. —pidió Troy.

Thelia, trató de concentrarse y hacer las preguntas lo más rápido posible, empezaba a sentirse incómoda con las miradas de Troy.

Él se sentía como hipnotizado, no podía dejar de mirarla, contestaba a cada pregunta con frialdad, siempre le hacían las mismas preguntas por lo que podría contestarlas hasta con los ojos cerrados.

Thelia apagó la grabadora, estaba muy nerviosa. Tras ella, se abrió la puerta y el equipo de limpieza se afanó barriendo y aspirando la moqueta.

—¡Ya está!, muchas gracias por recibirme y siento los daños que he provocado.

Troy la miró, sonrió y la acompañó hacia la salida. Thelia aceleró el paso, necesitaba alejarse de él y el muy pesado no dejaba de seguirla. Pulsó el botón de llamada del ascensor y esperó a que las puertas se abrieran, en cuanto lo hicieron, se metió dentro.

—Adiós señor Khasondo.

—Adiós señorita Komo.

Las puertas del ascensor se cerraron y pillaron la cabeza de Thelia, que se apartó y se rascó la cabeza dolorida.

Troy se quedó mirando las puertas cerradas del ascensor, Thelia sería suya.

Thelia salió del ascensor arrascándose la cabeza, menudo chichón le iba a salir y ahora a correr, tomar el autobús hasta la cadena, dejar la grabadora en

el despacho de su jefa y tomar otro bus a casa.

El bus olía fatal, estaba sentada junto a un tipo que parecía que llevara una hamburguesa bajo cada brazo. Sacó su pequeño frasco de colonia y disimuladamente, lanzó una pulverización hacia el tipo que solo arrugó un poco la nariz y continuó leyendo su periódico.

Se levantó y pulsó el botón de parada, estaba loca por salir y entregar la grabadora. Corrió hacia la entrada de la cadena y saludó al vigilante que la miró negando con la cabeza. Subió las escaleras hasta la primera planta y luego resopló y continuó su ascenso, no tomaría el viejo ascensor para quedarse atrapada otra vez.

Pasó entre sus compañeros de oficina y notó que algunos la miraban raro, entró en el despacho de su jefa y dejó la grabadora sobre su mesa, cerró la puerta y se topó de frente con Fred el jefe de redacción.

—¿Has hecho la entrevista?

—Sí, acabo de dejar la grabadora en el despacho de Linsy.

—Bien, recoge tus cosas, estás despedida.

—¿Queeeeeeeeé? ¡Pero si ni me pagas!

—Lo sé, pero la cadena ha decidido no tener becarios durante una temporada.

Thelia, cabizbaja, caminó hasta su mesa, cogió la papelera vacía y aprovechando que tenía una bolsa limpia fue metiendo en ella sus pocas pertenencias, una foto de su madre, su lapicero, un reloj con forma de ranita y poco más, bueno, un paquete de galletas de chocolate, casi se le olvida. Hizo un nudo a la bolsa y caminó hacia la salida, bajo la atenta y triste mirada de los que hasta ese día fueran sus compañeros, pero... ¿serán asquerosos? Ni uno se había levantado para despedirse de ella, ni siquiera Ted que le tocó el

culo hace unos días, ahora que el guantazo que le pegó, casi le pone todos los dientes en el mismo lado de la boca.

Unas horas más tarde, estaba sentada en su apartamento, un cubículo de no más de treinta metros cuadrados, compuesto por una única habitación que hacía de cocina, dormitorio, salón y bueno, tenía un cuarto de baño tan pequeño que tenía que entrar de lado, y para ducharse, poner un barreño en el suelo y conectar una manguera al grifo del lavabo. Para hacer sus necesidades, disponía de un agujero en el suelo, vamos que su casero no había reparado en lujos.

La esencia del destino

Lucy aparcó el viejo Chevrolet en el callejón y escuchó un fuerte chasquido en el motor, probó a arrancarlo, pero fue inútil, el coche había pasado a mejor vida.

Salió del coche y abrió la puerta trasera, despertó a su hija y esta la miró sonriendo con sus bonitos ojos color miel, acariciándose su pelito negro y brillante.

Lucy había conseguido una entrevista para un trabajo en un supermercado, ahora debía correr hasta una casa particular que hacía de guardería, no muy legal que digamos, pero no tenía opciones, sin familia ni amigos, estaba sola.

Le entregó un zumo a su hija que no tardó en abrirlo y devorarlo, llevaban años sin comer decentemente y la niña estaba muy delgada para su edad, a sus seis añitos ya había pasado demasiadas penalidades.

—¡No quiero quedarme aquí! —protestó la niña.

—Dalia Parker, no discutas, a mí tampoco me gusta pero no puedo dejarte sola en la calle. Mañana buscaremos un colegio.

—¡No quiero estudiar!

—¡Dalia, no me hagas enfadar!

La niña hizo un mohín de fastidio y entró en la casa tras su madre. Una mujer de unos cincuenta años les recibió y las invitó a ver las humildes instalaciones.

Lucysalió corriendo de la casa, o se apuraba o llegaría tarde a la entrevista. Aunque le gustaba esa mujer, odiaba tener que dejar a su hija, pero no tenía alternativa.

Corría por la acera, esquivando a la gente, cinco minutos para llegar o perdía la entrevista. Dobló por una calle para acortar y corrió hasta la puerta del supermercado, se paró en seco, se miró en un cristal, se acomodó un poco sus cabellos y enderezó su vestido retorcido por la carrera. Entró en el supermercado y caminó hacia una cajera.

—Perdona, tengo una entrevista con el señor Benson.

—La escalera del fondo, sube y encontrarás su despacho, no tiene pérdida. —le contestó la cajera.

—Gracias.

Caminó hasta las escaleras y subió peldaño a peldaño memorizando todas las respuestas que tenía en la cabeza. Tocó a la puerta y una voz bonachona le gritó que pasara.

Benson era un tipo entrado en carnes, calvo y con unos ojillos verdes que la miraban con curiosidad.

—Soy Lucy Parker, tengo una cita para una entrevista de trabajo. —dijo Lucy nerviosa.

—¡Ah sí! Siéntate, por favor.

Lucy se sentó en una silla junto a la mesa, entrelazó sus pies y lo miró algo temerosa.

—Lucy, veo que tienes experiencia, pero el problema es que ayer cubrí la vacante y en estos momentos tengo toda la plantilla cubierta.

—Por favor señor Benson, necesito el trabajo, tengo una hija pequeña y no consigo ningún empleo. Trabajaré por horas, me da igual atender a los clientes o limpiar.

Benson se recostó en el sillón, que tembló bajo su peso, se rascó la cabeza con la mano derecha y la miró.

—Está bien... pero solo puedo ofrecerte un trabajo a media jornada, quinientos dólares al mes.

Lucy suspiró, con eso no podría buscar un apartamento, entre colegio, seguro médico y comer, poco quedaría, tendrían que dormir en el coche.

—Me parece bien, señor Benson.

—Busca a Becky, ella te dará el uniforme y te explicará tu trabajo.

Lucy asintió con la cabeza, se levantó y caminó hasta la puerta del despacho.

—¡Lucy! Me gustaría poder ofrecerte más, pero me es imposible, tienes mi palabra de que si trabajas duro, haré lo imposible por darte un aumento. —dijo Benson que parecía seriamente preocupado.

Lucy asintió de nuevo con la cabeza y trató de sonreír. De vuelta en el

supermercado, preguntó a las chicas de las cajas por Becky, una de ellas la llamó por megafonía y no tardó en aparecer una mujer de unos cincuenta años, delgada, alta, de pelo blanquecino y ojos negros que la miraron con seriedad.

—¿En qué puedo ayudarte?

—El señor Benson me ha contratado a media jornada.

—¡Perfecto, acompáñame!

La mujer la llevó hasta la zona reservada para el personal, abrió una pequeña habitación que contenía material de oficina, la miró de arriba abajo y entró en un pequeño apartado del que regresó con dos juegos de uniformes, rojo el pantalón y blanca la blusa.

—¿Media jornada? Menuda mierda, en fin, como están las cosas hasta por eso hay que dar las gracias hoy en día. Bien, estos son tus uniformes, creo que te quedarán bien. Yo soy la encargada de la zona de caja, tú trabajarás bajo la supervisión de Jensen, es un cabrón, te lo advierto. Hace que esto funcione y me temo que me supera en autoridad, de manera que cuidado con él.

Lucy asintió, cogió los uniformes y siguió a Becky que la acompañó fuera de la habitación, cerró la puerta con llave y le indicó dónde estaban los vestuarios femeninos. Entró en el vestuario y se cambió rápidamente, dejó su ropa encima de una taquilla y salió. Becky aprobó su uniforme, una vez más su vista no le había fallado con las tallas, la guió hasta la zona de almacén donde debía estar Jensen.

Cuando Lucy vio a Jensen, sintió como las piernas le flaqueaban, era un tipo alto, bastante corpulento, de pelo negro corto y ojos color miel que te atravesaban, por desgracia con crueldad.

—Jensen, esta es Lucy, el señor Benson la ha contratado a media jornada, asígnale sus funciones. Lucy, me alegro de que estés con nosotros.

Lucy le dedicó una sonrisa cómplice y regresó la mirada a su jefe.

—En ese cuarto de ahí atrás tienes un carrito con productos de limpieza, limpia la zona de congelados.

Lucy sintió, caminó hasta el cuarto.

—¡Lucy! —gritó Jensen.

Lucy se giró.

—Estás a media jornada, pero eso solo significa que te pagarán esas horas. ¡Espabila y date prisa o tendrás que echar horas extras gratis!

Lucy corrió hasta el cuarto, agarró el carrito y salió de él rápidamente, no quería perder el trabajo. No se equivocaban con Jensen, era un bastardo.

Durante toda la mañana estuvo limpiando a conciencia, necesitaba impresionar a su jefe y conservar ese trabajo.

Jensen apareció tras ella, se cruzó de brazos y miró el pasillo que acababa de limpiar.

—El suelo está sucio. —gruñó.

Lucy dio un respingo, se giró y lo miró extrañada.

—Acabo de limpiarlo.

Jensen agarró el cubo de agua sucia del carrito de limpieza, lo dejó en el suelo y lo volcó de una patada.

—Te dije que estaba sucio, cambia el agua y límpialo.

—Bastardo. —masculló Lucy.

—¿Has dicho algo? —preguntó Jensen con malicia y soberbia.

—No. —respondió sumisa Lucy.

Loco por Diana 1

La enfermera corría escaleras abajo, lloraba y se agarraba el pelo, entró en el despacho de la señora y entre lágrimas se quejó.

—Renuncio, no pienso estar ni un minuto más con esa loca, me ha cortado el pelo, ayer me echó agua caliente en las piernas y no me quemó de milagro.

—Por favor señorita, ya sabe cuál es su estado, está muy nerviosa por su enfermedad. —repuso Esther Briht, dueña y señora de Manfred House.

—¿Enfermedad? He tratado a personas mucho más graves y ninguna tenía la maldad de su hija, me marchó.

—Si se marcha, me encargaré de que nadie la contrate.

La chica se giró y la miró con desprecio, escupió en el suelo y se marchó.

Esther no pensaba hablar mal de ella, solo quería retenerla, era la quinta enfermera en seis meses. Se sentó en el sillón tras su escritorio, apoyó los codos en la mesa y dejó reposar su rostro sobre sus manos. Diana era una chica viva y alegre, pero desde su accidente... ahora era otra, solo pensaba en hacer daño a los demás, era como si los odiara a todos. Sus amigos le habían recomendado internarla en una clínica privada, pero ella se negaba a desentenderse de su hija.

Suspiró y marcó el último número de teléfono que le quedaba, le habían hablado maravillas de un enfermero, decían que sus métodos no eran muy convencionales, pero que sus pacientes lo adoraban. No le gustaba la idea de que un hombre se acercara a su hija, pero ya no tenía alternativa.

Marcó el número y se llevó el móvil a la oreja, no tenía elección y rezó

porque los rumores sobre su hija no hubieran llegado hasta él.

—¿Oliver Banler?

—Sí, ¿en qué puedo ayudarle?

—Mi nombre es Esther Briht, necesito sus servicios para atender a mi hija.

—En estos momentos tengo varias ofertas, puedo recomendarle a otra persona.

—Doblaré la mejor oferta que haya recibido, pero necesito que empiece hoy.

—Bien, haremos una cosa, iré a verla, estudiaré el caso y según lo que vea, aceptaré o no el trabajo.

—Perfecto, le espero a las dos de la tarde. —dijo Esther y colgó el teléfono.

Diana acercó la silla de ruedas al espejo y se quedó mirando su pelo castaño oscuro, sus ojos marrones, su tez blanca, parecía una muñeca de porcelana. Una muñeca rota y llena de odio hacia el mundo, sonrió al recordar todas las maldades que había hecho sufrir a sus enfermeras. No quería a nadie cerca de ella, se encargaría de que nadie soportara cuidarla, ¡maldito accidente! Si se hubiera matado, ahora no estaría atada a esa maldita silla, toda su vida se había derrumbado. Se giró y miró los marcos con las fotos a las que ella había cortado las cabezas, luego se quedó mirando el jardín trasero, se acercó un poco y suspiró, le gustaba correr por él, no era lo propio de una señorita de alta cuna, pero le encantaba correr como una loca.

Oliver tomó el camino de grava blanca que llevaba a la mansión, a cada lado unos setos redondos lo flanqueaban. Las paredes de la mansión eran de ladrillo rojo, salvo los que bordeaban las ventanas que eran de color blanco, pero lo que le llamó más la atención fueron las dos torres con cúpula de teja

que terminaba en punta. Le recordó a esas casas que ocupaban la realeza europea en la antigüedad. Llevó el coche hasta un parking privado, agarró su maletín y bajó del vehículo.

Diana se asomó a una de las ventanas del pasillo de la planta superior, ¿quién sería ese tipo?

Oliver pulsó el timbre de la puerta y esperó paciente, miró su reloj, las dos en punto.

Un hombre de pelo blanco, ojos azules y de edad avanzada lo escrutó con la mirada.

—¿El señor Banler supongo?

—El mismo. —respondió Oliver sonriéndole.

El anciano lo miró con seriedad, se hizo a un lado y Oliver se limitó a pasar. Esther, impaciente, ya lo esperaba en un pasillo cercano al hall. Caminó hacia él y con un gesto de su mano indicó al mayordomo que los dejara solos.

Oliver se quedó mirándola, la señora Briht tenía porte señorial, era alta, delgada, de ojos negros que intimidaban, llevaba el pelo castaño, recogido en un moño, y por la expresión de su cara, parecía muy preocupada.

—Disculpe si he sido algo autoritaria por teléfono, estoy desesperada, mi hija tiene un carácter difícil y las enfermeras salen huyendo.

—Yo no saldré huyendo, estoy acostumbrado a gestionar casos difíciles.

Ya veremos, pensó Diana que los observaba desde el borde de la escalera. Ese tal Oliver era alto, parecía estar en forma, tenía el pelo negro y los ojos verdes, no estaba mal, pero sería su próxima víctima si cometía el error de aceptar el puesto.

—¡Me niego a que un tío sea mi enfermero! —chilló Diana.

Esther la miró con desaprobación, apretó los dientes y la fulminó con la mirada. Diana giró la silla y pulsó el botón de avance para alejarse de ellos, tendría que planear algo para hacerlo huir.

—Ya ve, es insoportable. Contará con la ayuda de Robert mi mayordomo y Tania, mi ama de llaves, son las únicas personas que consiguen que colabore un poco.

—Estupendo, pero le advierto que tengo mi propia metodología y no pienso negociarla con usted. Si acepto el trabajo, usted aceptará mis métodos, si en algún momento me pone trabas, me marchó. —explicó Oliver con seriedad.

—Está bien, acepto.

—En ese caso, voy por mis maletas y después de instalarme, me presentaré a su hija.

—Señor Banler, tenga cuidado, mi hija acostumbra a poner trampas para ratones y todo lo que se le ocurre para asustar a sus enfermeras y hacerlas renunciar.

—Tranquila, le aseguro que estoy preparado.

Diana agarró varias trampas para ratones y las colocó en la entrada de su cuarto, colocó alfileres en las sillas, salvo en la que le había serrado una de las patas. Sonrió, este saldría corriendo a la más mínima, le haría pagar esa arrogancia, hablaba como si fuera a domarla o algo así, se iba a enterar el idiota este.

Oliver colocó su ropa en los armarios, casi todo eran uniformes de enfermero y algo de vestir para sus días libres. Dejó su portátil sobre una de las mesitas y se sentó en la cama, se frotó las manos a pesar de que la habitación disponía de calefacción y de que esta desprendía un calor muy

agradable. Era una manía que tenía, se frotaba las manos para tranquilizarse, era la primera vez que cuidaba a una chica tan joven y eso le incomodaba.

Esther acompañó a Oliver hasta la puerta de la habitación de Diana, pero él la miró y la detuvo cuando se disponía a abrirla.

—Puede retirarse, la tendré informada.

Esther lo miró sorprendida, pero resignada se marchó. Oliver abrió la puerta con prudencia, dio una patada a una de las trampas que cayó sobre el resto y estas empezaron a saltar al activarse su mecanismo. Miró a Diana y sintió un escalofrío, era bellísima, se acercó a una de las sillas y pasó la mano por ella, no tardó en detectar los alfileres.

Diana lo observaba con fastidio, había descubierto todas sus trampas, pero aún quedaba la silla con la pata serrada.

Oliver retiró los alfileres de todas las sillas y se quedó mirando la única silla que no tenía ninguno, la dejó caer y descubrió que una de las patas estaba serrada.

—Lo reconozco, de no ser por mi experiencia con pacientes estúpidos como tú, habría picado.

—¡Estúpida será tu madre!

—A partir de ahora seré tu enfermero, también me encargaré de tu rehabilitación.

—¿Rehabilitación? ¡Pasmaooooo! ¡Estoy en silla de ruedas, no hay nada que rehabilitar!

—Yo tengo mis métodos, y si te crees que te voy a tratar como a una dama, es que no me conoces. Eres una maldita bruja que tiene a todo el mundo amargado, pero no podrás conmigo.

—Hablaré con mi madre, cuando le diga cómo te estás dirigiendo a mí, te

despedirá.

—Te equivocas, tu madre está tan desesperada que ha aceptado mis condiciones. Ahora eres mía, se acabó aguantar a la niñata estúpida.

—Te haré la vida imposible. —dijo Diana con tono amenazador.

—Lo sé, lo intentarás, pero acabaré domándote.

—¿Domarme? ¿pero tú qué te crees que soy, un caballo? ¡Te voy a hacer pedazos, pedante, engreído y palurdo!

—No gastes más saliva o te quedarás sin veneno. —dijo Oliver mientras caminaba hacia la puerta. Gracias a sus reflejos felinos, esquivó un jarrón, se giró, miró a Diana y le dedicó una sonrisa triunfal.

Diana pulsó el botón de avance de la silla, pero esta no respondía.

—Maldita silla, ya se ha descargado otra vez. —bufó como un gato enfadado y puso los ojos en blanco.

Oliver regresó a su cuarto, tenía que estudiar el expediente de Diana, su medicación y diseñar una estrategia para meterla en vereda.

Diana hizo girar las ruedas con las manos y se deslizó hasta uno de los enchufes, sacó el cable de la silla y lo conectó, una luz roja se encendió en el panel de mandos. Ahora le tocaba esperar entre media hora y una hora, agarró la tablet y se conectó a internet. Ahora su facebook era un cúmulo de páginas que la entretenían, había cerrado el anterior, no quería hablar con nadie. Cuando era la chica más popular de la universidad, todos la adoraban, pero el día que cruzó las puertas en silla de ruedas, todo cambió, ahora solo había una mezcla de desprecio y compasión. Sus amigas le dieron de lado, una chica con ruedas no tenía glamour, y por supuesto, su novio la abandonó. Le quedaba un año para terminar la carrera de derecho, pero ni se planteaba

volver, era rica, no necesitaba trabajar.

Oliver entró en la habitación, vestido con un uniforme blanco con estampado de ositos.

—¿Ositos? No soy una niña.

—Lo sé, pero a mí me gustan y tú no eliges mis uniformes.

—Desde luego, porque yo te pondría un traje de acero y luego te empujaría a la piscina. —gruñó Diana.

—Pierdes el tiempo, no me afectan tus desvaríos.

—¿Desvaríos? ¡No estoy loca, imbécil!

Oliver se acercó a Diana, con dos dedos le levantó el párpado derecho y observó sus pupilas dilatadas. Diana contuvo el aliento, aunque fuera un idiota, era guapísimo y desprendía un olor a hierbas muy agradable.

—Termina ya que te huele el aliento a cagada de gato. —protestó Diana.

—Mi aliento es fresco a diferencia del tuyo, que estés en silla de ruedas no significa que no debas cepillarte los dientes.

En cuanto Oliver se giró para revisar sus botes de pastillas, ella echó el aliento en su mano derecha y se la acercó a la nariz. ¿Será cerdoooo? Mi aliento huele a menta, me las va a pagar.

Oliver le metió dos pastillas en la boca y le ofreció un vaso con agua. Diana lo miró furiosa, ¡qué demonios eran esas confianzas! Este tío se había pasado de la raya, nadie mete sus dedos en mi boca.

—Si vuelves a meter tus dedos en mi boca, te los arranco de un mordisco.

—¿En serio? Bueno, optaré por otro método.

Diana sonrió complacida, ya estaba el tonto entrando en vereda.

—¿Por cierto, tu nombre era Danana?

—¡Diana estúpidoooo! ¡Aaaaaarg! —chilló y se quejó Diana—. ¡Estás loco! Casi me atraganto con la pastilla, ¿eres idiota? ¿Cómo se te ocurre lanzarme una pastilla a la boca?

Oliver se encogió de hombros y la miró sonriendo a sabiendas de que eso la haría enfurecer.

—Tenía miedo de perder un dedo.

—Pues me das las pastillas en la mano como haría una persona civilizada.

—Ya, pero es que una persona civilizada no pone trampa para ratones, alfileres en las sillas, ni sierra patas.

Diana apretó los dientes y frunció el ceño, lo odiaba, haría lo imposible por echarlo.

Una sirvienta tocó a la puerta y entró empujando un carrito con la cena, levantó las patas de una mesita plegable y la colocó en el regazo de Diana, la ajustó a la silla y regresó al carrito para servirle un plato de sopa.

Oliver no dijo nada, solo observaba la escena, todo se lo daban hecho, pero eso iba a cambiar.

Diana agarró la cuchara y probó la sopa, estaba deliciosa, pero no mostró la menor gratitud o agrado, su cara era una permanente expresión de cólera.

Oliver se sentó en una silla y se clavó un alfiler, gruñó por el dolor y Diana casi escupe la sopa por la risa. Él la miró y le sonrió, ella automáticamente se puso seria.

No me busques en Navidad

Esta maldita llave siempre se atasca, no sé como decirle a este idiota que le eche un poco de lubricante para cerraduras. Me tiene tan harta y ahora va y me dice que está muy enamorado de mí, que ya no puede estar separado, que quiere casarse conmigo. ¡Joder, que tengo veintiséis años! No quiero

compromisos, ni bebés, ni pienso ser la niñera de nadie. ¡Vaya, por fin se abrió la puerta! ¿Qué raro? Escucho jadeos en el dormitorio, este tonto se habrá dejado la ventana abierta y estará resfriado. ¡La madre que lo parió!

—¡Serás cerdo! Me armas una escena que ni en una de esas novelas románticas, aburridas y sosas, me pides matrimonio, por cierto, me alegro de haberte dado un no en lugar de un sí, y ahora te pillo en la cama con una golfa.

—Cariño, no es lo que parece.

—¿No es lo que parece? ¿Tú me ves cara de tonta? No, claro, no estabas tirándote a esa zorra, solo le enseñabas el piso cuando por accidente caísteis desnudos sobre la cama y tu pene se encajó en su vagina. ¡Serás imbécil! ¡Fuera de mi casa!

—Valeria, esto... esta es mi casa.

—Es verdad. —digo aturdida por la escena, le arrojo las llaves a los testículos y saboreo su expresión de dolor—. No me vuelvas a llamar en la vida, y en cuanto a ti, zorra, todo tuyo.

Salgo del apartamento, puedo sentir como mis mejillas arden, tengo la boca seca y el pelo revuelto, parece que me hubiera transformado en una de esas arpías, pero yo soy la víctima aquí, bueno, víctima su madre, yo soy una luchadora y ese idiota no merece mis lágrimas, pronto tendré todos los tíos que quiera tras de mí.

El autobús está a tope, dije que pronto tendría a todos los tíos que quisiera, pero esto es pasarse, ni una mujer en todo el bus y...¡Jodeeeeer! Aquí la gente no sabe lo que es un desodorante, menudo pestazo a cebolla podrida, ¡buuuagggg!, ¡qué ascoooo!

Delante de mí, un tipo me sonríe, es más feo que pegarle a un padre con la escobilla del váter y espera, eso es... ¡Por favor! Tiene el brazo levantado, se aferra a la barra del techo para permanecer estable y se puede ver claramente como su axila está sudando a mares, ha traspasado la camiseta y ¡madre mía! Como el bus frene, este tío me planta la axila en toda la boca porque esta me

queda justo a mi altura. Puedo sentir algo que me roza la falda, me giro dispuesta a darle un guantazo al descarado, pero me doy cuenta de que es la maleta de un tipo trajeteado que se ha pegado demasiado. El autobús frena en un semáforo con brusquedad y siento como la axila mojada impacta en mi mejilla derecha. Estoy paralizada, siento la cara mojada, mis poros están captando y absorbiendo el sudor del tío cerdo y no puedo hacer nada para evitarlo, solo me queda una cosa...¡chillaaaarr!

Me bajo en la primera parada y me apresuro en buscar una toallita húmeda en mi bolso, me restriego la cara como si pretendiera borrar el color de mi piel, ¡qué asco! Cornuda y bañada en caldo de cerdo, hoy no es mi día. Camino desanimada por la acera, todos parecen contentos, veo parejas, establecimientos adornados para la navidad que pronto llegará y que por primera vez voy a pasar sola.

Mis padres y mi abuela viven en Barcelona, se marcharon allí al poco de casarse, porque según ellos había más oportunidades. Yo acabé en Cádiz, ironías de la vida, la ciudad donde nació mi padre, por una oferta de trabajo en una agencia de publicidad.

Miro el móvil y veo la fecha, veinte de diciembre. Todos los años viajaba a Barcelona en Navidad, pero este año le tocó un crucero a mi madre y junto con mi padre y mi abuela, estarán surcando el Mediterráneo. Puedo ver la cara de mi padre, vomitando por la borda y mi abuela metiéndose con él a cada momento. Adoro a mi abuela, es la típica que va vestida de negro y con un pañuelo en la cabeza, siempre fue muy tradicionalista, pero me río mucho con ella y sus ocurrencias. Recuerdo cuando le dije que me ofrecía a reparar su audífono y ella me contó bajo pena de castigo severo, que no lo tenía roto, que era una excusa para que la gente se confiara y poder así enterarse de todos los cotilleos. Con eso de, “habla que la abuela no se entera de nada,” y ¡vaya si se enteraba! Lo que me reí con eso, parecía una tonta, todos me miraban en el tren cuando regresaba a Cádiz.

Bueno, no tengo la familia cerca, no tengo novio, pero al menos tengo trabajo y salud, con la crisis eso ya es algo fantástico. Abro la puerta de mi pequeño apartamento de alquiler, y corro hasta mi cama, me dejo caer sobre ella y noto que vibra el móvil, miro la pantalla y veo que tengo un correo.

Pulso con el dedo sobre el icono y veo como se despliega el sobre, siempre me gustó esa animación. ¡¿Despedida?! Sabía que la cosa no estaba para tirar cohetes, pero no pensaba que fueran a despedirme. La muy cerda de mi jefa no ha sido ni para llamarme, no se pudo esperar a mañana, así es la vida, te usan y te tiran a la basura. Dejo caer el móvil en la cama y cierro los ojos, ahora solo me queda tener salud. Dejo que las lágrimas cubran mis mejillas, no sé qué voy a hacer a partir de ahora, siempre puedo volver a Barcelona y vivir con mis padres.

No tengo ni idea de lo que será de mí, aquí hay poco trabajo y tampoco me ata nada a esta ciudad.

Después de varias horas de autocompasión, me levanto de la cama y camino hasta la cocina. Rebusco en la nevera y saco una pizza, no tiene buena pinta, ¿en qué estaría pensando? ¡Aaah, ya recuerdo! El rubio de ojos negros que quitaba el hipo, eso de poner un tipo tan bueno en la caja del súper... me voy a arruinar con tanta compra innecesaria.

Saco la pizza del envase y suspiro aliviada al leer que se puede hacer en el microondas, mi horno se quemó la última vez que lo usé. Me siento en un banquillo y vuelvo a suspirar, parezco un globo que se empieza a desinflar. Me levanto y camino hasta la ventana, desde allí vuelvo a ver el mismo panorama, gente feliz y adornos navideños, ¡los odios a todos! Me pierdo en mis pensamientos, soñando despierta con un hombre perfecto que sé, no existe, hasta que la campanilla del microondas me hace volver a la realidad. Mi pizza de queso con espinacas está lista, ¡aaaarggg!

Un par de chillidos después, nunca me acuerdo de usar los guantes para no quemarme, agarro la bandeja con la pizza y saco una lata de refresco del frigorífico. Parezco un malabarista con tanto trasto en las manos, lo dejo todo sobre la mesa de cristal del salón y enciendo el televisor. Voy pasando canal tras canal mientras espero que la pizza deje de hervir, Oficial y caballero... ummm, no la veas que siempre lloras al final. Suelto el mando y agarro el cuchillo, corto una porción de pizza y me la llevo a la boca, está repugnante, pero no tengo ganas de cocinar. Luego comeré patatas o bolas de queso para quitarme el mal sabor de boca.

La película termina y yo estoy llorando como una tonta, para terminar de fastidiar estoy escuchando a un vecino cantar villancicos. Tengo que hacer algo, no puedo pasar las navidades aquí.

Enciendo el portátil y miro mi cuenta bancaria, la bruja lo tenía todo pensado, hasta tengo una transferencia pendiente con el finiquito por despido y bueno, mis ahorros de toda la vida. Puedo permitirme un caprichito, paso de cruceros, me da miedo estar en el mar. Rebusco en internet, necesito algo lejos, que no tenga nada que ver con la Navidad, algo diferente. Encuentro un hotel rural en Burgos, tiene que ser bonito, todo nevado y con chimeneas de leña, ¿por qué no? Reservo desde el día veintidós hasta el dos de enero, pasaré todas las navidades fuera, lejos de todos.

Al día siguiente, preparo las maletas, me gusta anticiparme y ser previsor. Siento una punzada en el corazón, estaré lejos, pero seguiré estando sola. Pienso en mi ex, él las pasará con su zorrita. Intento apartar de mi mente todos esos momentos que creí eran especiales, y trato de centrarme en mis vacaciones. Dejo caer algunos libros en la maleta, no creo que en ese hotel haya mucho que hacer y con la nieve cubriéndolo todo, menudo frío debe hacer.

Me paso el día seleccionando canciones para mi móvil, el viaje en tren será eterno, me subiré en él sobre las ocho de la mañana y no me bajaré hasta cerca de las ocho de la tarde, bueno bajaré, pero para cambiar de tren. Estoy nerviosa, no sé qué me voy a encontrar en ese hotel, parejas sin hijos, pero con ganas de fabricarlos, abuelos, nadie, solteros en busca de ligue..., no, no creo que nadie quiera ligar allí. Termino de revisar mi enorme maleta con ruedas y decido prepararme unos bocadillos para el viaje, también llevaré unas latas de refrescos y golosinas, que los michelines no se mantienen solos. Sonrío, pero me cago en la celulitis y en todos esos fabricantes de cremas que no sirven para nada.

Día 22

El despertador chilla, mira que ponerle el canto de un gallo... salto de la cama y corro al baño, soy demasiado dormilona y no me he levantado con

mucho tiempo que digamos. Me doy una ducha rápida, me maquillo, sin pasarme, no quiero que ningún baboso me moleste en el tren y salgo corriendo hacia la cocina. Me preparo un café bien cargadito y me como unas magdalenas. Tengo ganas de chillar, no sé si por emoción o por agobio, se me echa el tiempo encima y no puedo correr más.

Cierro la puerta con doble llave y arrastro la maleta hasta el viejo ascensor que me da pavor tomar, pero que no puedo evitar por culpa de la maleta. Nada más abrirse la puerta, salto fuera y tiro de la maleta, tengo que coger un taxi o no llego.

Levanto la mano y un taxista parece que me ha visto, nada, pasa de largo. ¡Cago en toooo! Corro hasta la parada de taxis que está a un par de manzanas y trato de mantener la poca dignidad que me queda.

El taxista tiene puesto un cd de villancicos y a mí me están dando arcadas, dichosa Navidad.

La estación está abarrotada, corro hacia el andén y paso esquivando al vigilante que se disponía a cerrar el acceso. Tiro de la maleta y sigo corriendo, voy leyendo los números de vagón. ¡Genial! El mío es el último, pero no voy a llegar, subo al primero que veo y tiro de mi maleta. Varios tipos me ven, pero pasan de ayudarme, la caballerosidad brilla por su ausencia. Las puertas se cierran y yo comienzo a recorrer los vagones, que parecen un parque temático. Vagón de padres con hijos salvajes, parejitas, gente durmiendo y ruidos poco glamurosos... Dejo mi maleta en el reservado para equipajes de mano y busco mi asiento, tres ventanilla.

Un tipo alto, pasado de musculitos y pelo negro está leyendo el periódico en mi asiento.

—Perdona, ese es mi asiento. —le digo con seguridad, pero esta se va al carajo en cuanto veo sus ojos azules, creo que se me van a caer las bragas, suerte que llevo pantalones.

—Lo que faltaba, creí que haría el viaje solo.

En mi cabeza sueña como si se rallara un disco, ¡será gilipollas!

—Como si a mí me gustara tener que estar junto a un estúpido

maleducado. —le respondo y casi escucho el sonido de una tragaperras dando premio a la bordería femenina.

El tipo se levanta de mala gana y me deja pasar, se sienta a mi lado y vuelve a leer el periódico. Debe ser muy aburrido, yo no leo un periódico ni de broma, prefiero mis novelas románticas.

El viaje transcurre como esperaba, lento, monótono y sin televisión. Suspiro aburrida, no tengo ganas de leer, saco un bocadillo de salami de mi mochila, le quito un trozo de papel de aluminio y le doy un bocado.

—¡Jodeeerrr, qué pestazo!

Miro al tipo repelente de los ojos azules y saboreo con placer mi bocadillo, ahora que sé que le molesta el olor, lo disfrutaré mucho más, jejejejeje...

Llega el momento de bajar del tren y me pongo nerviosa, siempre me preocupa pasarme de estación. El tren se detiene, tiro de la maleta y bajo los escalones, no me veo capaz de bajar la maleta sin quedar sepultada por ella. ¿Qué pasa? De repente la maleta no pesa nada, esto me desconcierta. El tipo de ojos azules sujeta la parte inferior de la maleta y me ayuda a bajarla, me siento confusa.

—Gracias.

—No las merece, solo te he ayudado porque me estorbabas para bajar.

Entrecierro los ojos y aprieto los dientes, este tío es insoportable.

No te soporto pero te adoro

Dan se quedó dormido a mitad de reunión, su jefe lo zarandó furioso, no era una reunión cualquiera, la fusión de los Hatton supondría una jugosa comisión para su empresa. Afortunadamente Dan despertó con fuerza, salvó la situación y la fusión fue todo un éxito.

Después de firmar el contrato, celebrarlo con champán y acompañar a sus clientes hasta la puerta de la oficina, Derek el jefe de Dan lo agarró del cuello con una mano y lo arrastró hacia su despacho. Dan parecía un crío al que le van a dar unos azotes.

Nada mas entrar en el enorme despacho, Derek le ordenó que se sentara en el sillón con forma de ele. Dan obedeció, consciente de la bronca que le iba a caer.

Derek sacó un par de cervezas, le ofreció una y se sentó frente a él en un sillón relax que no solía ceder a nadie.

—Me tienes hartó. ¿Cuánto hace que no te tomas unas vacaciones?

Dan se recostó en el sillón de tacto sedoso e hizo memoria.

—Tengo treinta y dos años, entré a trabajar en la empresa con diecisiete

como repartidor de correo...

¡¿Nunca me he tomado vacaciones?! —respondió Dan sorprendido—.

Tampoco las necesito, estoy aquí para ganar dinero no para descansar.

—¿Tienes novia formal?

—No. Ni la quiero. Tengo mis rollitos de una noche para desfogar y ya está. Solo de pensar en una mujer esperándome todas las noches, pegándome la bronca porque llego tarde del trabajo.... ¡Uuuufff...!

Derek se pasó la mano por la cara, admiraba a Dan aunque nunca se lo había dicho. Al igual que él, demostró un gran talento al pasar de repartir el correo a convertirse en el mejor ejecutivo de grandes cuentas de la empresa. Pero tanto trabajo y poco descanso le estaba pasando factura, necesitaba descansar o el día menos pensado sufriría un colapso y no estaba dispuesto a permitir que a su mejor hombre y amigo le ocurriera eso.

—Bien, esto es lo que vamos a hacer. Te pagaré unas vacaciones, yo elijo el destino y la duración.

—No necesito vacaciones. —protestó Dan molesto.

No quería admitirlo pero era un adicto al trabajo, por no decir que no tenía

vida privada, si no trabajaba no tenía ni idea de a qué dedicar el tiempo libre, no veía la tele, no tenía hobbies...

—Si aceptas las vacaciones te haré socio, si no las aceptas estás despedido. No quiero zombies trabajando para mí. —decretó Deker sin miramientos.

Dan ladeó la cabeza visiblemente molesto pero sin alternativa posible, no iba a renunciar a su empleo y llevaba años trabajando duro para ser socio.

—¿A dónde piensas mandarme?

—Te lo comunicaré esta tarde. Ahora vete a casa y descansa. Después de comer tenemos la cita con Susan y te quiero despierto.

Dan se levantó, caminó hacia la puerta, por unos instantes se quedó mirando el picaporte de la bella puerta de roble, giró el picaporte y abandonó el despacho.

Derek llamó por el interfono a su secretaria y esta no tardó en entrar con su block de notas en la mano.

—¿Señor Young?

—Martina, quiero que inscribas a Dan en uno de esos cruceros para solteros, el primero que encuentres. —ordenó Derek sonriendo—. Por supuesto esto ha de ser un secreto.

—Por supuesto señor Young. —contestó Martina esbozando una sonrisa cómplice.

Amanda estaba coordinando el montaje de la boda en el jardín de la casa Maanor. Los novios no se conformaron con una carpa colosal para instalar las mesas donde se serviría el almuerzo...querían el nova más, un arco estilo románico para casarse, estatuas de hielo, adornos florales y un escalinata con un atril de mármol.

—Señorita Scott,¿dónde coloco los centros de mesa? —le preguntó un chico de unos veinte años.

—En mi cabeza. —respondió Amanda cortante.

El chico la miró desconcertado.

—¡Por el amor de Dios, son centros de mesa! ¿Dónde van a ir? En la carpa, sobre las mesas.

El chico sonrió y corrió hacia la carpa, arrastrando la enorme mesa de

plástico con ruedas de goma en la que llevaba los pequeños centros.

—¿Qué hago con las rosas? —le pregunta una de las sirvientas de la casa.

—¡Tírelas! —responde Amanda.

La sirvienta la mira atónita.

—¿Se puede saber dónde estaban todos cuando expliqué como se decoraría el jardín?

La mujer la mira sin saber qué decir y Amanda se apiada de ella.

—Colóquelas junto al atril. ¡Eeehhh... usted, esas figuras de hielo no van ahí! —grita Amanda colérica.

De repente empezó a nublársele la vista y cayó al suelo sin sentido, todos a su alrededor dejaron lo que estaban haciendo y acudieron en su auxilio.

Cuando despertó estaba tumbada en la cama de un hospital y Valeria su jefa la miraba con muy mala cara.

—No vuelvas a darme un susto así. —protestó Valeria.

—¿Qué ha pasado?

—Te desmayaste.

Amanda se incorpora en la cama, asustada.

—¡Dame mi ropa! La boda está a medias, tengo que irme. —dice Amanda nerviosa.

—¿La boda? Ya ha terminado la ceremonia y la fiesta, Linda se encargó de organizarla en tu lugar.

Amanda se deja caer en la cama con expresión rabiosa. No soporta haber dejado un trabajo a medias, desde que empezó a trabajar para Valeria a los veintidós años, nunca le había pasado eso, era una yonki del trabajo.

Amanda se estremeció al sentir que Valeria le cogía la mano, su jefa siempre fue muy cariñosa pero aun así le costaba.

—Te he sacado un pasaje para un crucero. El lunes embarcas y si te niegas a tomarte unas vacaciones estás despedida. No voy a permitir que pase otro año sin que te cojas unos días libres.

Amanda apretó los dientes y la cabeza contra la almohada, odiaba las vacaciones, no tenía amigos, ni hobbies...

Orígenes

Deker Harrison

Marcus se miraba al espejo del baño, vestido con el traje de gala contemplaba sus insignias de capitán y sus numerosas condecoraciones. Su carrera era realmente prometedora, a sus veintiocho años ya estaba considerado el mejor francotirador del estado. Continuamente colaboraba con todo tipo de agencias y organismos, cosa que le molestaba, él era marine y no deseaba participar en ninguna misión ajena al cuerpo.

Se desnudó y se metió en la ducha, necesitaba relajarse, pronto comenzarían las maniobras y se acabarían los días de relax. Vivía por y para los marines, no le interesaban las relaciones amorosas, prefería los escarceos sexuales sin compromisos. Desde que su mujer muriera, su corazón quedó vacío e incapaz de amar. En ocasiones llegó a plantearse usar los servicios de prostitutas de lujo, sin preguntas, sin problemas, solo sexo pero de descubrirse esa actividad sus ascensos no solo cesarían, podría acabar siendo licenciado con deshonor. Alejó todos esos pensamientos de su cabeza y se centró en ducharse.

Una hora después sobre las doce de la noche se dejó caer sobre la cama, se tapó con las mantas y se acurrucó. El frío invierno había llegado a New Jersey y la calefacción de su apartamento hacía tiempo que no funcionaba muy bien que digamos. El sueño lo venció y se quedó profundamente dormido, hasta que ya bien entrada la madrugada el móvil comenzó a sonar con la melodía de James Bond, siempre fue un poco friki con esos detalles.

—¿Sí?

—¿Marcus Lein?

—Sí. ¿Quién es?

—Señor Lein siento comunicarle que hemos encontrado muerta a Jessica Lein. Todo apunta a que ha sido un suicidio.

—¿Suicidio?

—Había varios frascos con pastillas, ansiolíticos, antidepresivos... Aún así habrá que esperar a la autopsia. Necesitaríamos que se pasara por comisaria.

—Deme un día, debo hablar con mis superiores en los marines.

—Desde luego. Señor Lein, lamento su pérdida.

Marcus colgó el teléfono y se quedó mirando la ventana del dormitorio, con los ojos en blanco sin poder asimilar la noticia.

Cuando sus padres murieron en un accidente ferroviario, Jessica y él acabaron en un orfanato. En cuanto le fue posible se alistó en los marines y con el primer sueldo alquiló un apartamento y se hizo cargo de su hermana tres años menor que él. Fueron tiempos duros pero consiguieron salir adelante, Marcus comenzó a aceptar cualquier misión por peligrosa que fuera, necesitaba ascender para conseguir mejorar su sueldo y ayudar a Jessica con los estudios. Por fortuna entre sus ascensos y los trabajos que ella pudo

encontrar reunieron el dinero suficiente. Con el tiempo terminó sus estudios como secretaria de dirección y empezó a trabajar en Medical Farm. Parecía estar muy contenta con ese trabajo que entre otras cosas le hacía ganar mucho dinero, más de lo que Marcus ganaba hasta bajo el rango de capitán.

Esa noche no pudo dormir, algo no cuadraba. ¿Jessica suicidándose? ¡Imposible!, ella no era así, siempre fue una luchadora nata. Decidió que no podría seguir adelante hasta que él mismo por sus propios medios investigara su muerte.

El dolor era tan fuerte que no podía ni llorar, sentía una fuerte presión en el pecho y los ojos le ardían pero era inútil. Se pasó el resto de la noche mirando viejos álbumes de fotos y rezando porque las horas pasaran, deseaba estar cuanto antes en el despacho del coronel Durjan.

Por la mañana se preparó un café, se vistió con el uniforme de campaña y bajó las escaleras a toda prisa. Introdujo la llave en el contacto de su Harley y apretó el acelerador, necesitaba llegar cuanto antes aunque eso supusiera un par de multas.

El coronel Durjan lo miró sorprendido, no podía creer la noticia que Marcus le había dado.

—Lo siento Marcus, sabes que apreciaba a Jessica. —dijo Durjan pasándose la mano por su escaso cabello blanco.

—Señor deseo pedir una excedencia.

—Marcus te necesito aquí, las maniobras internacionales están ya muy cerca.

Marcus dejó una hoja de papel firmada encima del escritorio del coronel.

—¿Qué diablos significa esto? —protestó Durjan.

—Si no me concede la excedencia, solicito formalmente la baja en los marines. —dijo Marcus sin pestañear.

—¡Maldita sea Marcus! ¡Estás loco! Los marines son tu vida, por el amor de Dios, la mayoría de tus compañeros matarían por conseguir lo que tú estás logrando.

—En estos momentos solo me interesa investigar la muerte de mi hermana.

—La policía dice que es un suicidio.

—La policía no conocía a mi hermana yo sí. Usted decide ¿excedencia o baja?

—Tú ganas maldito bastardo, lo arreglaré todo. ¡Ramsey! —gritó Durjan furioso.

Un sargento alto y algo sobrado de peso entró corriendo en el despacho.

—¿Señor?

—Traiga un documento de excedencia para que lo firme el capitán y cúrselo hoy mismo. —ordenó Durjan.

El sargento salió corriendo y regresó cinco minutos después con un documento aún caliente y con la tinta de impresora fresca.

—Capitán, firme aquí y yo me encargaré de rellenar el resto de papeleo. —explicó el sargento.

Marcus asintió con la cabeza, tomó un bolígrafo de la mesa del coronel y estampó su firma, luego entregó el documento al sargento.

—Gracias señor. —dijo Marcus levantando la mano hasta la frente y saludándole con formalidad.

—Hace años que no consumes tus vacaciones, lárgate ya y procura no meterte en líos. —contestó Durjan con preocupación.

—Ya me conoce señor, no puedo garantizarle que no acabe metiéndome en líos.

Marcus aparcó la moto en su trastero, la tapó con una sábana vieja y cerró la puerta con doble llave, la echaría de menos. Tomó el ascensor hasta la quinta planta y entró en su apartamento. Preparó un petate con la ropa necesaria y llamó a un taxi.

La estación de autobuses estaba abarrotada por lo que tardó más de una hora en llegar hasta la ventanilla, donde una mujer de gruesas gafas y pelo

canoso le dedicó una sonrisa fría.

—Un billete para Queens.

—Veinte dólares.

Marcus sacó la cartera y cogió dos billetes doblados de diez y se los entregó. La mujer pulsó un par de teclas y cortó el billete que acababa de ser imprimido para luego dejarlo caer sin tacto en la bandeja.

Marcus ni la miró, ya estaba acostumbrado a ese tipo de trato, demasiado acostumbrado.

El autobús olía decentemente, los asientos parecían haber sido renovados y no había muchos pasajeros, aunque previsiblemente recogerían a más gente durante el camino. Se sentó en su asiento junto a la ventanilla y cerró los ojos. No tenía ni idea de lo que iba a pasar y entrar en el apartamento de su hermana sería doloroso.

El autobús arrancó y a los pocos minutos el conductor encendió la televisión. Aparecieron los títulos de la película y el código de copyright “Misión imposible”, no es que fuera un estreno precisamente pero algunos pasajeros silbaron complacidos. Marcus cerró los ojos de nuevo y trató de descansar.

Por la noche tomó un taxi hasta el apartamento de Jessica, el inspector le había dado permiso para entrar dado que consideraba el caso cerrado. Para

Marcus el caso estaba muy pero que muy abierto.

Pagó la carrera al taxista y agarró su petate para colgárselo del hombro. Las calles estaban cubiertas de nieve lo que dificultaba el avance hasta la puerta de entrada del edificio. Sacó las llaves que Jessica le había dado hacía años y rezó porque no hubieran cambiado alguna de las cerraduras.

La puerta del bloque se abrió y Marcus respiró, pulsó el botón de la luz que se activaba con solo pasar el dedo por una placa metálica y la luz iluminó el descansillo de la escalera. Contrastaba el interior moderno frente a la fachada anticuada pero la gente de por allí parecía estar agusto con esas apariencias. Tomó el ascensor hasta el sexto piso y en cuanto las puertas se abrieron salió de él y caminó por el estrecho pasillo hasta llegar al final. Por unos instantes se quedó mirando la puerta blanca con adornos plateados en forma de espirales. Sacó la llave y abrió la puerta. Entró y cerró la puerta, nervioso al percibir ese olor a vainilla que tanto le gustaba a ella.

Con paso tembloroso recorrió el apartamento hasta quedarse apoyado en el bastidor de la puerta del dormitorio, observó la cama donde Jessica fue encontrada muerta y por primera vez las lágrimas brotaron de sus ojos, esta vez sin control. Estar en ese apartamento lo estaba matando, no podía seguir allí, no sin perder la cordura. Se centró en investigar, la policía había revisado todo el apartamento y no había encontrado ningún indicio de que las ventanas o la puerta hubieran sido forzadas, todo encajaba según ellos. Para él nada

encajaba, Jessica ganaba mucho dinero, era guapa y no le faltaban pretendientes, su vida era puro éxito y poseía un carácter que engatusaba a cualquiera. Ella no se suicidó, estaba seguro.

Buscó su ordenador pero no había ni rastro de él, quizás lo dejara en la oficina. Rebuscó en los cajones hasta dar con uno que contenía varias facturas. Luz, agua, comunidad, alquiler, tarjetas... Densey seguridad. Sacó el móvil y buscó en google el nombre de esa empresa, realizaban instalaciones de sistemas de seguridad tanto en empresas como en domicilios particulares. ¿Por qué necesitabas seguridad Jessica? Abrió la carta y trató de averiguar qué instalación le hicieron pero no venía nada, solo un importe a pagar.

Marcó el teléfono de la empresa y miró el reloj, era tarde pero debía intentarlo. El teléfono daba llamada y no saltaba ningún contestador, eso era buena señal.

—Densey seguridad, ¿en qué puedo ayudarle?

—Llamo en nombre de Jessica Lein, quisiera saber qué tipo de instalación hicieron en su apartamento.

—Lo siento, no podemos dar información de clientes.

—Soy su hermano.

—¿Puede pedirle a la señorita Lein que se ponga al teléfono?

—Mi hermana está muerta pero si no quiere darme la información puedo enviarle a la policía y que lo interroguen durante unas cuantas horas. Usted mismo.

—La señorita Lein instaló un sistema de vídeo vigilancia, exactamente una mini cámara en cada habitación.

Marcus miró con detenimiento el salón y no encontró ninguna cámara.

—No veo ninguna cámara.

—Son cámaras ocultas señor, de eso se trata de que no se puedan ver con facilidad. Espere un momento, vamos a ver... ¿puede darme el código de cliente?

Marcus agarró la factura y leyó el código.

—145262525AX.

—Ok, en el salón esquina derecha pegada al techo junto a una cenefa de papel, dormitorio pared frente a la cama cerca de televisor, baño junto al marco de la puerta, cocina junto al marco de la puerta, pasillo junto a reloj, eso es todo.

Marcus colgó el teléfono, agarró una silla y se acercó a la pared. Miró la cenefa y descubrió un pequeño orificio, sacó las llaves y con el filo de una rasgó la pared hasta dejar el cable de conexión a la vista, luego tiró de él con cuidado rompiendo parte de la pared en la que estaba oculto. Realizó la

misma acción con todas las cámaras pero no tenía sentido, todos los cables acababan en mitad de una pared del pasillo. Enfadado dio una patada a la pared y para su sorpresa esta cedió, debió haber roto la cerradura de una puerta oculta en la pared. ¿Pero en qué estabas metida?

SOLO ES UNA AVENTURA

Linda Banim es una joven de treinta años, alegre y divertida. De pelo castaño y ojos color miel, cuerpo atlético aunque algo voluptuoso. Era inevitable que los hombres se fijaran en ella, más si cabe cuando su trabajo era de recepcionista en el hotel La cima, uno de los hoteles más lujosos de las Vegas.

Se ajustó la falda, revisó su bolso y cerró con llave la puerta de su destartalado Toyota. Saludó a un compañero de cocina que en ese momento sacaba la basura y entró por la puerta de empleados. Nada más llegar se topó de frente con su jefe Robert Smith. Un tipo repugnante donde los haya, calvo desde la nuca a la frente se afanaba en dejar crecer el resto del pelo como si creyera que algún día poblaría toda su cabeza de nuevo. Alzó con un dedo sus gafas redondas y gruesas y la miró con desprecio. Era la típica persona que llega a los cincuenta creyéndose un ser especial a los que todos debían rendir pleitesía.

—Has llegado dos minutos tarde. La próxima vez recibirás una amonestación económica, así aprenderás a cumplir con los horarios.

Linda se limitó a mirarlo con furia, le habría encantado agarrar el jarrón de porcelana con esas bonitas flores japonesas de plástico y ponérselo de

sombrero. Pero necesitaba el trabajo, no es que ganara una millonada pero bastaba para pagar su apartamento y comer todos los meses.

Se acercó y revisó en el ordenador las reservas previstas para ese día. Robert se sentó en una silla y sacó el periódico, como siempre esa era su ocupación la mayor parte del turno, salvo cuando ocurría algún incidente, entonces se evaporaba como agua en el desierto dejándola sola ante el peligro. Otros compañeros hablaban maravillas del resto de jefes de recepción, pero por más que intentó cambiar de turno no hubo manera, siempre le tocaba con aquel imbécil.

Tecléo el día y un listado apareció ante ella. Una entrada en el registro llamó su atención.

—Corporación Vhander. Le resultaba familiar ese nombre pero por más que se esforzaba no conseguía recordar porqué.

Un cliente se acercó al mostrador y le preguntó si había llegado algún sobre para él. Linda revisó el casillero de su habitación y el informó de que no había llegado nada, pero que le avisaría si en el transcurso del día recibían algo. El cliente le sonrió y se alejó satisfecho.

—Eres una inútil. ¿Cómo se te ocurre decir eso? ¿Cuántas veces te tengo que decir que no des tanta información ni le digas que le avisamos si llega algo? Eso es cargarnos de trabajo extra. No hay nada y punto, si quiere algo

más que pregunte en otro momento. —repuso colérico Robert.

Linda cabizbaja aguantó como pudo el chaparrón. Justo en frente, un hombre alto se quedó contemplando la escena. Linda se sintió aún más avergonzada al percatarse de que tenía público. Aquel hombre de pelo largo y rubio, era bastante corpulento y de aspecto distinguido. No tardó en acercársele un hombre de color con la cabeza rapada y aún más corpulento si cabe que el primero. Portaba dos enormes maletas con ruedas que dejó junto al tipo rubio. Este le hizo una señal y el tipo de color se dirigió al mostrador de recepción.

De cerca resultaba imponente, su mirada fría chocaba. Era la primera vez que veía un tipo de color con los ojos azules, debía tener sobre los cuarenta años y tenía cara de pocos amigos.

—Necesito la llave de la suite César. —pidió mientras dejaba caer la reserva sobre el mostrador.

Linda aprovechó aquella interrupción para zafarse de la bronca de Robert. Comprobó la reserva y programó dos tarjetas de acceso a la suite y parking.

—Aquí tiene. ¿Señor? —Linda se quedó cortada al ver como el tipo agarraba las tarjetas y se largaba sin contestarle—. Menudo capullo. —pensó.

Durante su turno Robert no es que se reprimiera mucho con sus broncas. Linda estaba al límite, necesitaba el dinero pero aquello ya estaba tocándole

la moral a base de bien. No sabía cuánto tiempo aguantaría sin pegarle cuatro voces a aquel estúpido.

A última hora, justo antes de terminar su turno, Robert ya se había marchado como de costumbre. Para exigir puntualidad era el número uno pero para cumplir él los horarios, eso ya era harina de otro costal.

—La admiro. Señorita. No sé cómo puede aguantar a ese tipejo.

Linda levantó la vista y contempló al tipo rubio que había llegado a primera hora de la mañana. Sintió que las piernas le temblaban, el pelo le llegaba justo hasta el hombro, lo tenía algo rizado y ¡Madre mía! ¡Qué ojos verdes! Vestía un elegante traje azul oscuro con camisa granate y corbata negra, no eran sus colores favoritos pero a él le quedaban como anillo al dedo. Por unos segundos se imaginó cómo sería quitarle esa ropa y pasar su lengua por todo aquel robusto cuerpo duramente definido a base de horas de gimnasio.

—¿Sé encuentra bien señorita?

Linda pegó un respingo, se puso colorada y trató de recomponerse.

—Sí. Disculpe. No me queda otra, es mi jefe, o lo aguanto o ya puedo buscarme otro trabajo. —dijo Linda sonriendo aún colorada y algo aturdida. Le costaba aguantar la mirada a aquellos ojos verdes cristalinos sin saltar el mostrador y devorar aquellos labios sedosos.

—Linda ¿Qué coño te pasa, sólo es un tío? Pero madre mía que bueno está. —la pelea mental se acabó cuando el tipo rubio le dedicó una sonrisa y se alejó tras el tipo de color, que se le acercó para avisarle de que el coche ya estaba en la entrada del hotel.

—¡Joder Linda! Ya eres mayorcita para que se te caiga la baba con un tipo guapo. Además es un ricachón, esos sólo se fijan en chicas como tú para echar un polvo y luego si te he visto ni me acuerdo.

Guardó sus cosas en el bolso y en cuanto llegó el turno de tarde se marchó.

UNA EXTRAÑA EN MI VENTANA

Logan Wallace era alto, de cuerpo atlético, pelo rubio y unos brillantes ojos verdes. Con las mujeres era un auténtico imán, fijaba el blanco y ninguna se resistía. “Cada noche una mujer diferente”, era su lema.

Millonario de nacimiento, nunca supo lo que era la pobreza o la adversidad. Por pura afición se dedicó a escribir libros de espionaje, llevándose la inesperada sorpresa, de convertirse en poco tiempo en un escritor famoso de bestsellers. Todo en su vida parecía perfecto a sus veinte y ocho años. Pero en su interior nada de eso le importaba. Usaba a las mujeres para calmar sus deseos sexuales, pero era incapaz de enamorarse o comprometerse, ninguna mujer le atraía lo suficiente como para iniciar una relación seria.

Gastaba el dinero sin control, pues su fortuna se veía incrementada constantemente por los beneficios de sus empresas y novelas. Pero cada día que pasaba, se sentía más vacío. Era como tener la muerte grabada en la sangre. Nada le ilusionaba, nada le interesaba. Cada día le costaba más levantarse de la cama, no encontraba razón alguna para seguir viviendo una vida totalmente artificial.

Aquella mañana en el aeródromo privado, iba a practicar su deporte favorito, el paracaidismo. Siempre sintió una fuerte atracción por los deportes de riesgo.

La avioneta tenía el motor en marcha. Sólo saltarían su instructor Ted Wilson y él. Ted se le acercó y empezó a revisarle los arneses. Logan levantó las manos para dejarle campo libre.

—¡Joder Logan! Otra vez tienes los arneses flojos, deberías revisarlos.

—Para eso te pago. Responde cortante Logan.

Ted lo ignoró, estaba acostumbrado a los desplantes de aquel millonario excéntrico. Lo aguantaba porque daba buenas gratificaciones.

Subieron a la avioneta, que rezumaba un nauseabundo olor a plástico caliente y habitáculo poco aireado. Terminaron de comprobar el altímetro y el intercomunicador del casco. Logan se colocó las gafas de sol y los guantes. Lentamente la avioneta se encaminó hacia la pista de despegue. No serían

más de las doce de la mañana, el sol brillaba y apenas si había nubosidad.

—¡Un día excelente para saltar! —gritó Ted.

Logan lo ignoró una vez más.

El piloto habló con la torre de control que le asignó pista y concedió permiso para despegar. Una vez en la pista, poco a poco fue ganando velocidad hasta elevarse, esa era la parte favorita de Logan. Miró por la ventanilla, todo parecía tan insignificante desde aquella altura, hasta su vacío interior.

Pasados unos minutos, el piloto les avisó que ya estaban en la zona de salto. Ted hizo una señal a Logan para que se preparara, mientras él abría la puerta de la avioneta. El ruido del motor y el aire, era ensordecedor, pero a Logan no parecía molestarle.

Ted levantó el dedo pulgar hacia arriba para indicarle que saltara cuando estuviera preparado. Logan asintió con la cabeza y se colocó justo en el filo de la puerta. Se encorvó y se dejó caer.

Era fantástica la sensación de caer, parecía como volar, con la única diferencia de que si no abrías el paracaídas te matabas. Logan cerró los ojos, se sentía en paz, el viento lo mecía y acariciaba su cara.

La alarma del altímetro saltó ruidosa, Logan abrió los ojos, miró hacia abajo y se limitó a dejarse caer.

Por el auricular Ted empezó a gritarle.

—¡Logan abre el paracaídas! ¡Maldito loco abre el paracaídas!

Desde la avioneta Ted presintió que algo iba mal y saltó. Se inclinó, pegó los brazos al cuerpo y cayó en picado hacia donde se encontraba Logan con la velocidad de un proyectil. Seguía gritándole por el intercomunicador, pero Logan no respondía. Cuando llegó a su altura, se acercó con cuidado, hasta que pudo agarrarlo del hombro. Logan no lo miraba, parecía ausente. Ted tiró de la anilla del paracaídas de Logan, consiguiendo que éste se elevara inmediatamente. Ted abrió su paracaídas y se mantuvo a una distancia prudencial, observándole.

Una vez en tierra, Ted corrió hacia él y tuvo que contenerse para no golpearle.

—¡Hijo de puta! Si quieres suicidarte, tírate de una azotea, pero no vengas aquí a joder.

Logan se deshizo de los arneses que lo mantenían sujeto al paracaídas y se alejó de allí, como era su costumbre, sin dar explicaciones.

Junto al hangar le esperaba su limusina. Abrió la puerta y se dejó caer pesadamente en el asiento trasero. Cogió una cerveza del minibar, tiró de la anilla y le dio un buen trago hasta casi agotar su contenido. No sabía que le había pasado, pero no pudo abrir el paracaídas. Su instinto de conservación,

simplemente se había desactivado. De no ser por Ted ahora estaría muerto.

A veces pensaba que era uno de esos millonarios que una vez lo tenían todo, entraban en depresión porque ya no tenían ninguna meta por la que luchar. Pero él no era así, en su interior algo fallaba o algo faltaba, no sabía cómo explicarlo.

Se quitó las gafas y las tiró al sillón de enfrente. ¿Por qué no podía ser feliz si lo tenía todo? ¿Por qué no conocía a una buena mujer con la que formar una familia? La respuesta siempre parecía esquivarle.

Logan compró un apartamento en la última planta del edificio Madison. La construcción más moderna, más alta y cara de Chicago. Desde allí dominaba la ciudad, aparte de que era el picadero perfecto, todas las mujeres que conocía querían ir allí. Aunque ser guapo y millonario también influía.

Encargó comida china y se tumbó en el sofá dispuesto a disfrutar de un partido de rugby, otro de sus deportes favoritos. A veces pagaba a algún equipo local, para que le dejaran entrenar con ellos.

Encendió la televisión de cincuenta y cuatro pulgadas, cambió al canal treinta y subió el volumen. El griterío era enorme, las gradas estaban entusiasmadas con el equipo de Dallas. Se quitó la camiseta y las zapatillas.

—¡Ah! Ahora a relajarme.

Sonó el timbre del apartamento. Aunque siempre le aconsejaban que

contratara un mayordomo, Logan se negaba a semejante invasión de su intimidad. Se levantó de un salto, corrió hasta la puerta y miró por la mirilla.

—¡Llegó la comida!

Abrió la puerta y antes de que el chico asiático dijera nada, le pagó generosamente, agarró la comida y cerró la puerta.

Soltó la caja con el arroz y la bebida encima de la mesa. Y saltó de alegría, Dallas anotó un tanto al poco de empezar el partido.

Unas horas más tarde, estaba dormido en el sofá, las cervezas habían cumplido su cometido. La fría brisa de la noche entraba por las ventanas del apartamento, Logan se rascó la cabeza. El frío lo había despertado.

De mala gana, con los ojos medio cerrados y una fuerte jaqueca, apagó la televisión y caminó hasta la ducha. Seleccionó la temperatura y abrió el grifo. Nunca entendió como la gente se podía apañar regulando el agua fría y caliente con dos grifos.

Se desnudó por completo y entró en la ducha. Qué sensación tan espectacular, el agua cayendo por tu cuerpo, relajándolo y mimándolo. Encendió el mp3 de la ducha. Con música todo era mejor.

Una hora después cerró el grifo y salió de la ducha. Se secó el pelo y el cuerpo. Escuchó un golpe, como si alguien hubiera arrojado una piedra contra una de las ventanas.

—Eso es imposible. —pensó, el apartamento estaba en la planta ciento diez.

Se anudó como pudo la toalla y fue hasta la ventana del dormitorio, que era donde creyó escuchar el ruido. Cuando abrió la puerta, quedó asombrado con lo que vio.

En la cornisa una mujer de pelo negro, ojos verdes y tez extremadamente blanca, le miraba con tristeza. Su pelo negro ondeaba al viento, debía medir por lo menos un metro ochenta. Logan no entendía que hacía allí afuera una mujer tan bella.

UNA SEMANA DE LUJO (UN AMOR PROHIBIDO)

Sentado en una pequeña sala del tanatorio, observaba la urna que contenía las cenizas de su tío. Parecía mentira que aquella vasija contuviera lo que apenas unas horas antes era un hombre de metro noventa. Las lágrimas resbalaban por su mejilla.

Un hombre pequeño se acercó a él. Llevaba puesta una gabardina negra y un traje de aspecto caro, aunque antiguo. Estaba prácticamente calvo, pero trataba de ocultarlo peinándose hacia el lado. Debía tener unos sesenta años. Tras los cristales de sus gafas se podían ver unos ojos cansados, posiblemente por las continuas noches en vela a las que debía estar sometido por culpa de su trabajo.

—¿Clark Evans?

—Sí.

—Mi nombre es Leo Michelle. Era el abogado de su tío. Antes de nada, quería darle mi más sentido pésame. Su tío me ordenó que le entregara este sobre cuando él ya no estuviera.

—¿Qué es?

El hombre se acarició el pelo en una actitud que demostraba nerviosismo e incomodidad.

—Es la comunicación de que debe abandonar la casa de su tío mañana a primera hora, junto con su testamento y otros documentos.

—¿Mi tío? ¿me ha echado de casa?

—No exactamente, pero él me pidió que no le diera más detalles.

Aquel extraño hombre, inclinó la cabeza a modo de saludo y se marchó.

Clark introdujo la urna en una mochila que le había proporcionado la funeraria y se alejó de aquella sala de espera.

Fuera, la noche había hecho acto de presencia. La suave brisa de verano acariciaba su cuerpo. Las ramas de los árboles que bordeaban sendos lados del camino, se mecían a su paso, como caballeros que alzan sus espadas

formando un pasillo de honor.

Acababa de vender su coche para pagar algunas facturas médicas de su tío, por lo que le esperaba una larga caminata.

Se sentía abandonado y nunca mejor dicho desahuciado. Al día siguiente estaría en la calle, sin familia, sin apenas dinero, no tenía ni idea de qué sería de él.

Dos horas más tarde, estaba ante la puerta de la que pronto dejaría de ser su casa. Metió la mano en el bolsillo y sacó la llave, siempre le costaba dar con la llave adecuada. Abrió la puerta, entró por el estrecho pasillo y soltó con cuidado la mochila encima de un aparador. Regresó, cerró la puerta con llave y agarró de nuevo la mochila. Descorrió la cremallera y con sumo cuidado cogió la urna. La colocó en el que era el sillón preferido de su tío. Se sentó en el sofá y fue justo entonces cuando se acordó del sobre. Era un sobre marrón bastante grande y lo cierto es que pesaba. Rasgó la solapa y vació el contenido en la mesita del salón. Había varios fajos de billetes, una carta, pasajes de avión y un colgante de oro con las iniciales CM grabadas. El medallón era ovalado, colgaba de una delicada cadena de finos eslabones y tenía un aspecto caro y sofisticado. Cogió la carta y se recostó sobre los cojines.

Querido Clark:

En estos momentos debes sentirte confundido y extrañado por mi comportamiento. Yo que siempre alardeé de tener una mente racional, vendo la casa y te dejo en la calle.

Pero aunque ahora no comprendas las razones, algún día lo harás.

Te crié lo mejor que supe, te quise como a mi propio hijo y quiero que sepas que siempre estaré cerca de ti, cuidándote y velando por ti.

Aunque la vida nos haya separado, siempre podrás sentirme cerca.

Tengo que pedirte que hagas una última cosa por mí. Sé que te parecerá absurdo, pero es muy importante para mí.

Pedí a mi abogado que después de mi muerte, reservara para ti una de las mejores suites del hotel Senador, en Hawái. El hotel ya está pagado y en el sobre encontrarás dinero extra para tus gastos. Quiero que por una semana, vivas como lo haría un millonario, que te sientas alguien poderoso, y te codees con personas influyentes.

Estoy seguro que la sangre que corre por tus venas hará el resto y te abrirá las puertas que te llevarán, a la que debe ser tu verdadera vida. La vida que te robaron.

Clark soltó la carta.

No podía entender aquellas palabras.

—“¿La vida que te robaron?”

Volvió a coger la carta y continuó la lectura.

Me gustaría que arrojaras mis cenizas a las bellas aguas del océano.

Disfruta al máximo esa semana, hazlo por ti y por mí. Demuestra al mundo lo que yo ya sé que vales.

Voy en paz, porque sé que saldrás adelante, que cumplirás tu destino y serás feliz.

Te quiere tu tío Rob.

Clark miró la urna.

—¿Por qué me has dejado? Ahora que más te necesito.

A la mañana siguiente, Clark había terminado de empacar todos sus efectos personales. Por suerte su tío pagó tanto una empresa de transportes que se encargaría del resto de la mudanza, como de la conservación de estas en un almacén durante dos meses. Eso le daría tiempo suficiente para encontrar un apartamento en alquiler.

Cogió la maleta y una pequeña mochila. El taxi que había llamado, tocó el

claxon, había llegado el momento de marcharse. Cerró la puerta no sin antes echar una última y nostálgica mirada al interior.

El taxista agarró su equipaje y lo introdujo en el maletero. Clark no podía evitar mirar de nuevo la casa, demasiados recuerdos, demasiadas vivencias. Abrió la puerta del taxi y se sentó atrás, con aire apesadumbrado.

—Al aeropuerto. Ordenó Clark.

—¡Ahora mismo señor!

El trayecto hacia el aeropuerto fue bastante rápido, a las nueve de la mañana de un domingo no había mucho tráfico, por lo que la mayoría de las carreteras por las que pasaron estaban desiertas. Cuando llegó a su destino, pagó al taxista y miró la hora.

—¡Mierda! —gritó.

Si no corría se arriesgaba a perder el avión. Los pasillos se sucedían uno tras otro, corriendo entre la gente. Cuando llegó a la cola de facturación de equipajes, facturó la maleta y voló hacia la puerta de embarque, donde una azafata le sonreía, a la vez que con las manos le instaba a darse prisa. Tras él cerraron el acceso.

Entrar en el avión no le resultó muy agradable, tenía miedo a las alturas. Otra azafata le pidió el pasaje, que para su sorpresa era en primera clase. Vestido con unos vaqueros y un polo gris, se sentía fuera de lugar. De haber sabido que viajaría en primera, se habría puesto un traje o al menos algo más decente.

La azafata le acompañó hasta su asiento. En primera clase solo había una fila de asientos a cada lado del pasillo, el espacio era abrumador. Guardó la pequeña mochila en el compartimento de equipajes y se sentó. La luz de abrocharse el cinturón, se encendió. Clark se puso nervioso, por más que tiraba no conseguía abrocharse el cinturón, estaba atorado. Estar dentro de un avión le producía cierta claustrofobia y cualquier pequeño problema se convertía en una catástrofe para él. Fue entonces cuando unas manos muy suaves, rozaron las suyas. En un primer momento, pensó que se trataba de una azafata. Pero cuando levantó la mirada, tenía ante él a una mujer rubia, de ojos verdes y un físico que le hizo tragar saliva. La mujer pulsó un botón en el asiento y el cinturón se liberó, lo que permitió abrocharlo.

Ella le sonrió.

Él apenas si consiguió articular un estúpido, gracias, con una voz temblorosa. Después en frío se sintió como un memo, por no haber sido más locuaz.

En el respaldo del asiento delantero había instalada una televisión led táctil, que cobró vida por sí sola. Un icono se iluminó avisándole de que debía conectar los auriculares, que para variar tampoco sabía dónde estaban. Rebuscó en un compartimento del asiento y para su sorpresa, los encontró. Rápidamente los conectó. Un mensaje de bienvenida de la compañía y un vídeo con las instrucciones típicas de los vuelos, chaleco salvavidas, salidas de emergencia y otras normas de seguridad de la compañía.

—Tanto correr para esto.

En la pantalla pulsó en menú. Opciones de usuario, ocio, cine, música, noticias.

—Cine.

Pulsó varias veces, hasta que apareció una ventana emergente con una selección de películas.

—¡Sin límites! ¡Esta me gusta! —gritó.

Todo el mundo lo miró. Él les sonrió avergonzado, no se acordaba de que tenía los auriculares puestos. A su lado una mujer con un vestido gris y un repeinado moño, le miraba de forma despectiva. Debía pensar que era uno de esos nuevos ricos. Pero al menos él, no tenía cerca de setenta años y cara de amargada.

Después del despegue, una azafata le ofreció café. Lo tomó gustoso,

mientras procuraba no perderse la película. Fue en ese instante cuando cayó en la cuenta de quién era la mujer que le ayudó con el cinturón. Charlize Spence, hija del multimillonario Martín Spence. Se dio una palmada en la frente. La mujer de gris le volvió a mirar con idéntica expresión de desagrado. Desde luego no era su fan.

Se inclinó en el asiento y miró por el pasillo en dirección hacia donde creía que ella estaría sentada. Un hombre en la primera fila de asientos, no paraba de hablar, hasta él con los auriculares puestos podía escucharlo. Allí estaba ella con un gesto de aburrimiento. Aquella mujer rezumaba belleza por cada poro de su piel, como le gustaría conocer a alguien así. Poderosa, bella... Posiblemente harta de aguantar tan aburrida conversación, se levantó en un intento de cortar a su interlocutor y caminó por el pasillo. Cuando llegó a la altura de Clark, se inclinó hacia él. Podía sentir su cálido aliento en la mejilla. Le quitó uno de los auriculares y le habló.

—Ya puede quitarse el cinturón, tardaremos varias horas en llegar a Hawái.

Clark la miró con una expresión que dejaba claro que por segunda vez había hecho el ridículo.

Ella se alejó disimulando una sonrisa.

Cuando terminó la película, se quedó profundamente dormido. Una azafata

tuvo que despertarlo. Pero no era de extrañar después de toda la noche embalando trastos. Cogió su mochila y salió del avión. Esperó pacientemente a que su maleta llegara por la cinta transportadora y a paso desgano, cruzó el pasillo central en dirección a la parada de taxis. Allí un taxista gordo y de aspecto desaliñado, extremadamente moreno y de pelo largo, le agarró la maleta antes siquiera de que él tuviera tiempo de abrir la boca. Tenía unos dientes tan blancos, que parecía como si una colonia de luciérnagas habitara en su boca.

—¿A dónde le llevo señor?

—Hotel Senador.

—¡Buen hotel! ¿Negocios o placer? —preguntó el taxista.

—Se supone que placer. —respondió Clark.

Al ajustarse el polo notó que algo se arrugaba en el bolsillo que tenía en el pecho. Metió la mano y sacó un trozo de papel. Era una hoja de bloc de notas, que estaba doblada por la mitad. La desplegó con cuidado y leyó.

Felices sueños.

Charlize

Como dicen, no hay dos sin tres. Bueno al menos tenía el consuelo de que difícilmente volverían a encontrarse.

El camino hacia el hotel resultó ser un auténtico placer. Los paisajes eran simplemente espectaculares. El taxista no paraba de hablar, pero él estaba entusiasmado con las vistas y apenas si le hacía algún caso.

El hotel no era un edificio modesto precisamente. Con cuarenta plantas y un hall con columnas de estilo dórico, imponía bastante a alguien como él, acostumbrado a frecuentar sitios más humildes. Todo el hotel brillaba como una perla, no tenía ni idea de qué tipo de materiales debían haber usado para causar ese efecto, pero era de lo más llamativo. Pagó al taxista, que se despidió alegremente.

Antes de que pudiera coger la maleta, un botones corrió para hacerse cargo de su equipaje, cosa que le incomodó.

Si la fachada era fastuosa, la recepción era colosal. Suelos de mármol blanco pulidos al extremo, techos altos decorados con pinturas renacentistas y paredes ricamente ornamentadas. Habían dispuesto una serie de hileras de cómodos sillones que formaban un mosaico con el logotipo del hotel, junto a la cafetería. Embriagado por aquel ambiente de lujo, se acercó tímidamente al mostrador. Mostró su documentación y su reserva. El recepcionista, un hombre alto, tenía la tez blanca, algo que resultaba chocante dado lo soleado del lugar. Le saludó con altivez, mientras tomaba sus documentos y los cotejaba con el programa de reservas en el ordenador.

—Suite Otoño. —dijo el recepcionista con voz monótona y casi inaudible.

Hizo un ademán al botones que se aproximó.

—Señor, nuestro botones le acompañará a su suite en la planta 39.

—¿Planta 39?

—Sí, señor.

—¿Algún problema? —preguntó el recepcionista.

—¡No! Ninguno.—respondió Clark.

Con el vértigo que tenía no podían haberle dado peor suite. Entró en el ascensor, y sintió que le faltaba el aire, al ver como los números de las plantas pasaban velozmente. Cuando la puerta se abrió, casi saltó fuera. El botones no pudo reprimir una sonrisa. Clark lo miró.

—No puedo con las alturas. —dijo Clark con ojos desencajados.

—No se preocupe señor, cuando se asome al balcón, disfrutará de unas vistas inigualables. Créame, estará seguro de que mereció la pena disponer de una suite en esta planta.

Cuando llegaron a la puerta de su suite, Clark sacó la cartera y le dio una generosa propina. El botones inclinó la cabeza y se dirigió al ascensor. Clark cerró la puerta y paseó por la habitación, admirando su grandeza y curioseando. Tenía un enorme salón con enormes sofás de tres y cuatro

plazas, una televisión de cuarenta pulgadas, un cuarto de baño con placa ducha y jacuzzi, vestidor, una terraza impresionante y un dormitorio cuyas dimensiones le recordaban al salón de su vieja casa.

Pensó en acostarse y descansar, pero recordó un pequeñísimo detalle, no tenía ropa acorde a su nueva situación. Caminó hasta la salita, descolgó el teléfono y marcó el 0, que según un cartel era el número de recepción.

—¿En qué puedo ayudarle señor? —respondió una mujer de voz juvenil.

—Me gustaría saber si hay alguna tienda de ropa de firma, cerca del hotel.

—En la primera planta del hotel, dispone usted de numerosos establecimientos de prestigio.

—Gracias. Contestó Clark y colgó el teléfono.

—¡Otra vez a salir con lo cansado que estoy!

Caminó nuevamente hasta el ascensor y pulsó el botón de llamada. Las puertas se abrieron en cuestión de segundos. Marcó en el teclado digital la primera planta. Aquella planta, era un auténtico centro comercial para millonarios. Todo eran firmas cuyos productos solo unos privilegiados podían darse el lujo de permitirse. Armani, Dior, Dolce y otras que ni siquiera conocía. Cada tienda parecía una proclama a la espectacularidad y el lujo. La opulencia del lugar resultaba ya cargante para él.

Deambuló un poco, sin rumbo, se sentía extraño a la vez que ridículo, no se atrevía a entrar en ninguna tienda. Se quedó mirando el expositor de Armani. En el interior un hombre de aspecto distinguido, salió de la tienda y se acercó a él. No era muy alto, pero su pelo finamente peinado y su bigote repeinado al estilo inglés, resultaba cuanto menos curioso. Parecía un Lord.

—¿Le puedo ayudar en algo señor?

Clark lo miró, algo dudoso.

—Necesito de todo, desde trajes, bañadores, ropa interior, reloj, perfume...

—Veo que le perdieron al caballero el equipaje en el aeropuerto.

—Sí, justo eso fue lo que me pasó. —mintió Clark, mientras se tocaba la nariz en un gesto inconsciente, pensando que tal vez, le fuera a crecer como a cierta marioneta.

Nada más entrar, el hombre dio unas palmadas para llamar la atención de las dependientas. Mientras, él sacó un metro y empezó a tomarle medidas. Varias mujeres fueron mostrándole perfumes, relojes y otros complementos, que él no había visto en toda su vida. Aquel acto, mezcla de adulación y descarado intento de vaciarle los bolsillos, duró un par de horas. Pagó la factura y ordenó que le subieran todo a su suite. Algunos trajes debían ajustarlos y no estarían listos hasta el día siguiente por la tarde. Ya empezaba

a cogerle el gusto a eso de ordenar a los demás.

Pasó lo que quedaba de la mañana, almorzó en la habitación y después de una relajante ducha, se echó en la cama, exhausto. Cuando despertó eran las doce de la noche. Bostezó y se ajustó el slip, qué cómoda era la ropa interior de Armani... Se levantó de la cama y caminó hacia donde se encontraba su mochila. Sacó su teléfono y lo dejó en la mesita de noche. Se armó de paciencia y comenzó a ordenar y guardar todo lo que había comprado aquella mañana dentro del armario. Tomó su pantalón, la ropa interior que llevaba puesta y el descolorido polo gris, los metió en una bolsa y los tiró a una papelera. Abrió el pequeño frigorífico y sacó unas cuantas bolsas de frutos secos, kit kats y una botella de agua. Para ir de rico, iba a cenar como un pobre.

Una vez terminó su suntuoso banquete, abrió la puerta corredera que daba acceso a la terraza. Sacó unos pantalones y una camisa blanca de seda. No iba a salir fuera de cualquier manera. Abrió el mueble bar, cogió una botella de ron añejo y se sirvió un buen vaso. Pensó en dejar la botella, pero acabó llevándosela. Estaba muy despierto y podría ser una noche muy larga.

Mientras daba un pequeño sorbo, salió a la terraza, donde se acercó con algo de reserva a la barandilla de cristal. Las suite estaban delimitadas entre sí por cristalerías semiopacas en forma de ele, lo que aportaba sensación de amplitud y mayor luminosidad. Desde allí se veía Hawái en todo su

esplendor. La playa, la espesa y verde vegetación, el oleaje. Ni la oscuridad quitaba brillo a aquella imagen.

—Debería vestir siempre así. Le favorece.

Clark se giró. Allí, apoyada en la barandilla de la suite contigua estaba Charlize. Mirándole con una mezcla de malicia y curiosidad.

Relatos sobrenaturales

LA CARTA

Samuel entró en la pequeña tienda de comestibles. Dejó pasar a una anciana que iba muy cargada de bolsas y se internó entre las estanterías. Cogió una botella de ron y un pack de cervezas. Cuando llegó a la caja, un hombre alto y delgado le sonrió.

Marcó unas teclas en la caja y lo miró.

—¡Veinte dólares!

Samuel sacó el dinero y lo puso en el mostrador, guardó la botella en su

gabardina y cogió las cervezas mientras se despedía con una sonrisa.

Aquel hombre se limitó a mirarlo fijamente.

La calle estaba vacía, apenas si algún coche se atrevía a circular por la carretera. Se estaba nublando y la noche estaba al caer. Samuel se apresuró, no vivía lejos pero aún así no quería empaparse con la lluvia. Rebuscó en el bolsillo hasta dar con la llave del portal de su edificio. Entró y a punto estuvo de darse de bruces con el cartero.

— ¡Perdone!

—El anciano cartero le sonrió. No se preocupe joven. Por cierto no será usted ¿Samuel Ferguson?

— Sí.

— ¡Genial! Aquí tiene, justo iba a echarla ahora mismo al buzón.

El anciano pulsó el timbre de la puerta, salió a la calle y continuó con el reparto.

Samuel metió la carta en el bolsillo y subió en el ascensor hasta su casa.

Una vez en casa se quitó el reloj y los zapatos. Tomó el mando de la televisión y se tumbó en el sillón. Para variar no había nada interesante en ningún canal. De repente cayó en algo

—¿El cartero entregando cartas por la tarde un sábado?

Se levantó, cogió la botella de ron y la carta y se sentó en una vieja silla de madera con reposamanos que tenía junto a la ventana.

Pegó un buen trago de ron y dejó la botella en el plinto de la ventana. Rasgó el sobre y extrajo la carta. Dentro había un folio, pero estaba en blanco. Miró el remitente pero estaba demasiado desdibujado como para entender algo. Iba a tirar la carta al suelo cuando un par de letras empezaron a dibujarse en el papel.

— ¿Qué demonios?

Soltó la carta pero esta se quedó flotando en el aire, durante unos minutos inmóvil, luego se elevó hasta quedar frente a sus ojos. Samuel intentó levantarse, pero el reposamanos cobró vida transformándose en dos garras que lo agarraron por los brazos. De las patas surgieron otras garras que se entrelazaron apretando con fuerza sus piernas. La silla estaba coronada con un adorno en forma de flor, del que brotaron unas hojas de madera que sujetaron su cabeza mientras otras dos ramitas pequeñas rodearon su nuca hasta transformarse en unas pequeñas manos que impedían que Samuel cerrara los ojos.

La carta empezó entonces a escribirse.

— ¡Hola Samuel! Ha pasado tiempo, varios años ya. ¿Recuerdas cuando nos conocimos? Yo tenía quince años, era alta, rubia y de ojos azules. Mi madre decía que cuando fuera mayor sería modelo.

La carta dejó de escribirse por unos instantes. Pasados unos minutos, volvieron a aparecer las palabras.

—Veo que la vida te ha ido bien, tienes un trabajo en una oficina, incluso sales con una chica.

—Yo nunca podré crecer, nunca saldré con un chico, ni me casaré.

—¿Sabes ya quién soy?

— Maldita puta, yo no sé quién eres, no te conozco de nada, pero si estuvieras aquí te mataría con mis propias manos.

Las letras empezaron a convertirse en borrones de tinta que resbalaban por el folio y llenaba el suelo de gotas negras.

El folio cambió de color, ahora era otra vez blanco y las letras regresaron.

—¡Soy Wendy! ¿Me recuerdas ahora? Esa niña tan bonita que te encontraste hace unos años en un centro comercial, a la que querías hacer

fotos para una revista.

La carta tomó forma de cara y esta se acercó hasta Samuel.

Samuel lloraba de miedo, no podía ser, ella estaba muerta, él la mató.

—¡Veo en tu rostro que ya sabes quién soy! La voz se volvió más gutural. Perdona si no se me entiende bien lo que digo. Si no me hubieras cortado el cuello, mutilado y arrojado al río, ahora podría hablar de una forma más correcta.

Samuel se orinó encima, miró a la calle en busca de ayuda, pero el cristal se oscureció.

—Bien Samuel, fuiste un niño malo y ahora yo he venido para hacer lo que no hizo el juez, ni el fiscal, ni mi abogado.

—Ahora voy a hacer justicia.

La carta se estiró hasta convertirse en la figura espectral de una niña.

Samuel intentó gritar pero las hojas de la silla le cerraron la boca.

—¡Ha llegado el momento de que seas castigado!

Las ropas de Samuel comenzaron a humear, hasta que estallaron en llamas. En silencio, la niña lo miraba con seriedad. El fuego consumía el cuerpo de Samuel, y este no dejaba de retorcerse por el dolor, hasta que al cabo de un rato murió abrasado. Cuando el cuerpo quedó reducido a cenizas, la niña sin sonreír, miró a la acera de enfrente y desapareció.

El cartero estaba justo enfrente del edificio. Se colocó su sombrero y se alejó silbando calle abajo, mientras su ropa se transformaba en una túnica negra. Su cartera de correos era ahora una guadaña.

Contacto

No olvides seguirme en instagram, facebook, twitter y google+. Puedes unirte a C. J. Benito – CJB BOOKS mi grupo de facebook y ponerte al día sobre las novedades editoriales.